HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

DOÑA JUANA LA LOCA

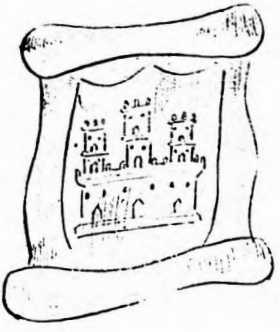
M. AGUILAR EDITOR

Historias y leyendas españolas

Doña Juana la Loca

Historias y leyendas españolas

Doña Juana la Loca



M. Aguilar.-Editor
Madrid

Reservados todos los derechos.
Hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Gráficas Halar.-Blasco de Garay, 28.-Madrid.

I.-El nacimiento. La Reina Isabel

CAMPANAS hondas, clarillos y esquilones anuncian que a los Reyes les ha nacido una hija. Alborozados repiques vuelan en los vientos la grata nueva. Los altos campanarios catedralicios, las sonoras torres de las iglesias y conventos, enjubilan los aires de las villas y aldeas de España con el estruendo de sus bronces arrebatados y casi locos, en un frenético delirio de entusiasmo por el fausto suceso. Hasta las dulcísimas esquilas de las ermitas lugareñas y agrestes proclaman a los hombres campesinos el nacimiento de la Infanta Juana. Toda la gleba de Castilla, corazón de tierras españolas, unidas ya en apretado haz por los Reyes, conoce en buena hora la novedad dichosa. En las nobles y viejas ciudades de todos los reinos, ya ajuntados en uno, los trompeteros preceden al heraldo real. Después de un toque de clarinada, la voz de éste, saliendo de su emocionado pecho que cubre una dalmática, se eleva al glorioso cielo azul, anunciando a las gentes el mensaje de los Soberanos:

"Nosotros, los Reyes, a vosotros, vasallos de nuestros reinos, os hacemos saber que el día ó de noviembre la Reina Doña Isabel ha dado a luz a una niña en la nobilísima ciudad de Toledo. Dad gracias a Dios."

Los habitantes de la villa en que acaba de nacer la Infantita, los de Madrigal de las Altas Torres —lugar en que nació la augusta Soberana que ahora por tercera vez es madre—, los de Valladolid, los de Segovia, los de Burgo de Osma.... con lágrimas en los ojos, bendicen a Isabel la Católica.

—¡Dios guarde a nuestra Reina para bien nuestro! —exclaman en los corrillos del Zocodover, al pie mismo de los balcones de la casa del Conde de Cifuentes, elegida mansión para el milagro de este nacimiento; caminando por el laberinto de estrechas y tortuosas calles, junto a la lumbre del hogar, en el patio de las posadas...

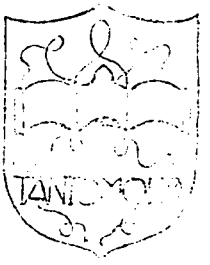
—Gracias sean dadas a Dios por el parto feliz de la Reina nuestra Señora —dice el parlerío de las mujeres.

—Señor, derrama tus bendiciones sobre la hija del Rey. Y bendice también al Príncipe heredero. Y a la Princesa Isabel, primogénita de los Reyes.

—Bendecid, Santo Dios, a la Reina —repiten incansables, en este día de holganza y regocijo, los curtidores, los sastres, los albañiles, los plateros, los torneros, los espaderos, los carpinteros...

Estas bendiciones y alabanzas son unánimes en los reinos. Y en Castilla, sobre todo. Es que ésta, mártir de luz y yerma, ha hallado por fin las manos limpias y obradoras que bien la guíen. Ha hallado a Isabel, la Reina

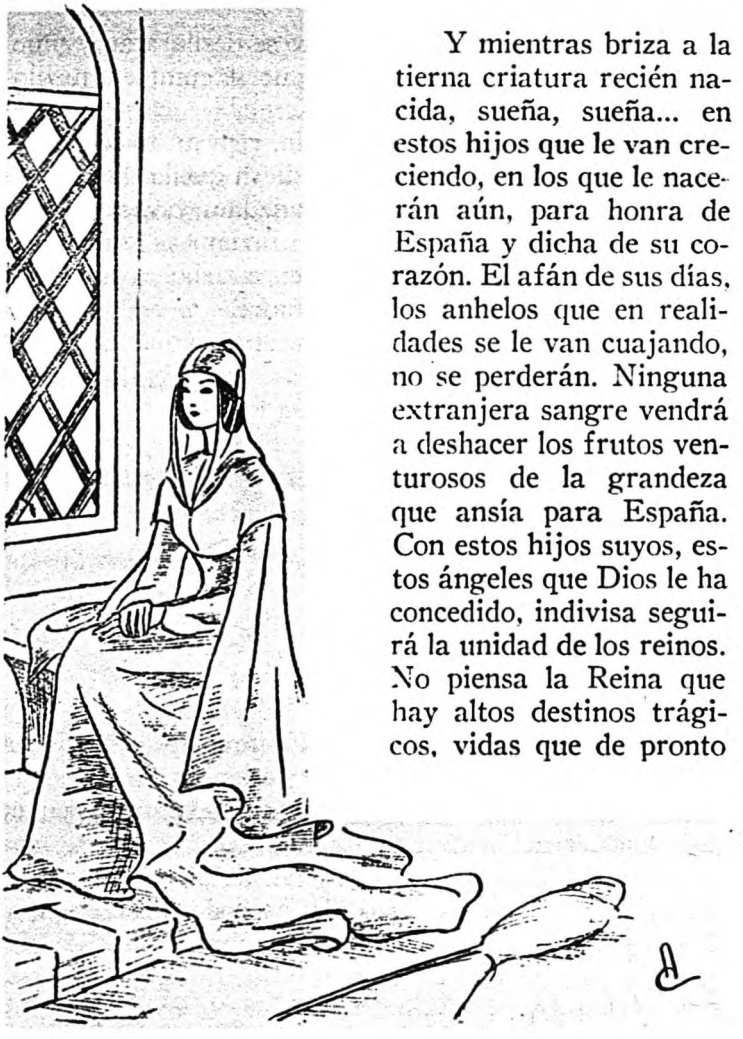
que cumple los más íntimos fervores de su pueblo, los anhelos más fuertes del honor castellano. Es altiva y esforzada, piadosa y creyente, discreta y justa, enérgica e íntegra, un carácter puro que siempre va en pos de lo bueno. El programa de su vida y de su gobierno es: paz, orden, derecho en el país, libertad de la nación y del ciudadano. Numerosos edictos de su mano así lo demuestran. Angustiosos escrúpulos la atormentan siempre que le parece que la ejecución de sus órdenes puede lastimar algunos derechos de sus súbditos. Aunque sus decretos adoptan a veces formas absolutistas, ella es la demócrata más sincera que jamás se sentó en un trono. El célebre proverbio español "Del Rey abajo, ninguno" no es, en verdad, su divisa exterior, sino su más hondo principio de gobierno.



Isabel —esta Reina que bendice el pueblo de Castilla— tiene el convencimiento, lleno de fervoroso celo, de que ella y su esposo —Fernando de Aragón— llevan la espada de Dios, y que son campeones de la Cruz y defensores del cristianismo.

Y ahora, cuando le nace esta niña, aún está entregada a la creación de una España única y fuerte, cuyo poder ya demuestra al sujetar a los nobles rebeldes, afanosos de valimiento, de fuerza y de intriga, y al ir sometiendo paulatinamente a los moros.

* * *



Y mientras briza a la tierna criatura recién nacida, sueña, sueña... en estos hijos que le van creciendo, en los que le nacerán aún, para honra de España y dicha de su corazón. El afán de sus días, los anhelos que en realidades se le van cuajando, no se perderán. Ninguna extranjera sangre vendrá a deshacer los frutos venturosos de la grandeza que ansía para España. Con estos hijos suyos, estos ángeles que Dios le ha concedido, indivisa seguirá la unidad de los reinos. No piensa la Reina que hay altos destinos trágicos, vidas que de pronto

se rompen o se tuercen, obras que se desbaratan y mueren, designios que se oscurecen o no se cumplen, mediodías que se nublan en tormentas...

Y las campanas doblan, vibran, repican todavía. Dícenle a esta madre que la buena nueva queda dicha a todos los vientos del orbe, que infanzones y vasallos, pajes y guerreros, galanas dueñas y viejucas, saben que un tierno brote acaba de surgir en el árbol real, futura rama espléndida en el día de mañana.

Y esta Reina, que es madre, acuna y amamanta a su niña, cantándole:

Esta niña mía
la madre será
de algún rey muy grande
que ya reinará.

Apágase la nana. Ya duerme la Princesita. Mas el verso final halla eco en los altos artesones sencillos. No supone la Reina que en este instante la cantiga es presentimiento:

... que ya reinará.

Los velones y candelabros se estremecen. Las figuras de los tapices se animan, requeridas por el eco dulcísimo. Y también el aire de la estancia, brumoso de sahumerio.

Mientras esto sucede, la Reina, en plena ignorancia de tal emoción de las cosas que la rodean, acércase al hueco profundo de una ventana, y sobre el poyo de piedra se sienta. Mira a lo lejos, mira la ciudad, el caserío. Vuelve de nuevo sus ojos a la lejanía: la nava, el río, la

meseta. Se le agranda la imagen de Castilla, reverberante de sol en el día, de helada crueldad por la noche.

—¡Ay, que tierra más hermosa es Castilla para reinar! Mas ¡cuántas cabalgadas aún para entregarle los musulmanes confines que procura la feraz Andalucía!

* * *

Castillo por castillo se ganaba la patria. Día por día, piedra por piedra. Ibase levantando el edificio del Reino, como la más hermosa catedral de España.

—Dadme a la niña —dice la Soberana—, que mi vocación de Reina es el fervor más cierto de mi vocación de madre.

La alza en sus brazos, diciendo:

—¡Ah, no sólo mi hija, sino la tierra entera de Castilla y de España, quisiera levantar al Señor en mis brazos! Pero hoy es la alegría la que me eleva a mí, como un himno sincero de encendida alabanza.

Y esto que hace con la Infantina Juana hízolo con Isabel y con Juan. De pronto, pensando en el próximo bautizo de la niña, con temblor recuerda el del Príncipe en la catedral de Sevilla. El pueblo gritaba:

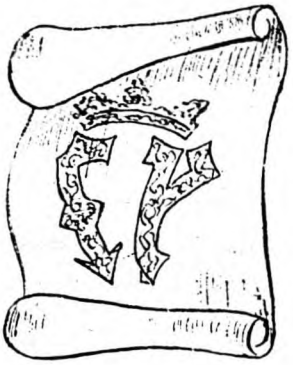
—¡Viva nuestro Príncipe Don Juan! ¡Gloria a Isabel y a Fernando! ¡Gloria a Dios!

Esperaban al cortejo de los Reyes el Cardenal de España, el Arzobispo de Sevilla, con el deán y el Cabildo metropolitano. Hacían calle los gremios, con sus alcaldes, veedores y portaestandartes a la cabeza. Las doncellas sevillanas hacían llover sobre la niña rosas y ce-

lindas, jazmines... Se le humedecen los ojos, rememorando. Inolvidable era aquel día, con su gala y su música.

Y entre mantillas bordadas, que parecen copos de espuma, manojos de azucenas con encajes del cielo, la diminuta Infantina sonríe, sonríe a su madre y Reina, mientras acaba el año de su nacimiento —1479—, año dichoso para la patria, porque el trono ya es fuerte. Antes, los nobles eran jaurías sin atraillar. Pero ahora la Reina ha logrado domeñarles el orgullo, y hoy los enemigos de antaño se congregan a su alrededor. ¡Es la Reina de los milagros, la Reina Isabel de España!

La Infanta vino al mundo en un sábado, otoñal sábado toledano, de gélido airecillo, doradas horajascas y cielos sin nubes. Sábado de gloria fué aquel día para la Reina de los dulces brazos maternales, del ancho corazón que amaba tanto a los hijos de su sangre y a todos los vasallos de León y de Castilla, de la ruda tierra aragonesa del Rey Fernando.



II.—La infancia. La juventud

ZUMBAN las ruecas en las habitaciones de la Reina. Se aderezan ropas de iglesia, briales de terciopelo, faldetes de bocado, capuzos de grana guarnecidos a la morisca, cofias, pendones cuadrados con la divisa real de Castilla... Hilar, coser y bordar son honestas labores. Isabel temprano da ejemplo a sus hijas y, por añadidura, a todas las damas de la corte, a todas las mujeres del reino. Ella decreta sabias leyes, combate al musulmán, practica humanidades, al mismo tiempo que hila en las ruecas y cose vestiduras.

Durante el trabajo, entre puntada y puntada, cambiando el hilo desdorado, zurciendo, las damas hablan de cosas fáciles que los Infantes comprenden. Casi siempre, al anochecer, cuéntanles añejas historias sin tiempo ni comarca. Unas sombrías, otras milagreras y fascinadoras, otras amorosas. Consejas de agüeros, de Princesas, de ermitaños. Juan prefería, goloso de pavor y de

misterio, los cuentos de aparecidos; adoraba las narraciones guerreras, creyéndose él mismo estar sobre la cubierta de algún navío o entre los caballos y los alfanjes de los moros infieles. Isabel, Juana y también María y Catalina —las Princesitas menores— gustaban más de las que hablaban de Príncipes enamorados, hermosos y valientes. La Infanta Juana, sobre todo, se abandona a una fija ensoñación: un Príncipe rubio, de azules ojos, venía desde las tierras del Norte, a casarse con ella: la llevaría lejos, muy lejos, en la grupa del palafrén, a su lejano país exótico. Y así comenzó a vivir en la amorosa cavilación, en los coloquios y raptos de las historias, soñando despierta, olvidándose a veces de la vida cotidiana, y palpando las cosas como una somnámbula, sin saber lo que buscaba. Doce años tenía apenas y aliñábase ya las manos blanquísimas y la guedeja... Harta riqueza llevaría su Príncipe en el vestir· Una daga de oro brillaría cerca de su cintura...

Y ahora, el resplandor del poniente presta rara vislumbre a las sedas multicolores, a los góticos velludos acartonados y finos que se pliegan angulosamente a las donosas telas de plata, a los brocados y brocateles amortecidos por el polvillo del tiempo...

El sol acaba de ocultarse. Blanda y lentamente, las parroquias tocan las oraciones. Es un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas gemebundas en el tranquilo crepúsculo. La ciudad vuélvese armoniosa, metálica, vibrante; resuena como un solo bronce en el transporte de su plegaria.

En la real estancia cesa el zumbido de las ruecas,

cesa el parloteo de las dueñas; la conseja agoniza en los labios del aya de los Príncipes; éstos, por un momento, se olvidan de la historia que apasionados teníanlos. La Reina Isabel entra con premura en la sala, casi en tinieblas. Déjase caer de hinojos y entona en alta voz las palabras del *Angelus*. Todos —niños, niñas, el aya y las dueñas—, imitando su movimiento, se disponen a responder. Los Infantes balbucen las Avemarías alzando el rostro y juntando las palmas de las manitas. Las abiertas ventanas dejan penetrar una paz oscura y el primer aliento de la noche.

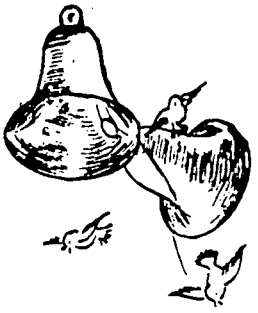
—¡He aquí a la esclava del Señor!...

* * *

Se complacía Isabel en que sus hijos aprendiesen y admirasen las mismas bellas artes que a ella la deleitaron: la poesía y la música. Así no es raro ver en su compañía poetas y músicos, de donde, al igual que a ella en la corte de su padre, Don Juan II, les nació la afición a las artes y una estimable cultura, muy en especial al Príncipe y a Doña Juana. Deléitase la Reina, en unión de los Infantes, damas y servidumbre, en oír en su capilla motetes y plegarias, y en la cámara real, canciones y villancicos. Y de aquí nace la pasión que tuvo siempre la Infanta por la música, en cuyo arte llegó a ser muy entendida. En el ajuar de la jovencísima Doña Juana figuran varios instrumentos musicales de su uso: un llavi-órgano, un monacordio, un templador de monacordio, una cajita chiquitita de cetí carmesí y dentro otra caja de madera blanca con unos aljofarios y una vihuela.

Pedro Mártir Anghiera educaba e instruía a los hijos de los Reyes. Familia de humanistas era aquel hogar, pues no sólo los padres, sino también los hijos, entendían el latín tan a fondo, que lo escribían y lo hablaban con rara facilidad.

No por las artes y las humanidades olvidaba Isabel la enseñanza de las labores femeniles: todas sus hijas saben coser, hilar, bordar, zurcir; no pueden estar ociosas. Cultivan y perfeccionan el ingenio, las facultades del espíritu; pero no por esto las manos delicadas hacen desprecio al bordado primoroso, al hilado de las telas para las tocas y briales.



Mientras, las doncellas vestían al Príncipe con traje de terciopelo, zapatos con virillas de plata, gorra morada y un corto espadín doncel; antes de salir con su escudero, iba a despedirse de la Reina; ella le peina a la manera española, haciéndole rezar un *Paternoster* y un *Ave*, y le despacha con un beso.

En tanto cosen o bordan las hermanas, él va conociendo, en estos paseos, las ciudades con sus arrabales y contornos. Las fieras murallas le hablan un lenguaje legendario y heroico, y los templos, con sus graves sepulcros, le dicen las glorias del hombre y el orgullo de los linajes.

Otras veces juega en el jardincillo. El paje corre a

traer la guija para la honda o la vara de la improvisada ballesta, en tanto que él espera tieso y señoril.

Un defecto tiene el heredero del trono: es algo tartamudo y todavía su lengua no es bastante expedita para hablar con soltura. Pero él confía en que este mal ha de ser pasajero. Gloriosos días de juventud poderosa le aguardan por delante: es el hijo de los Reyes, el futuro Soberano de estas tierras que aunándose van con hierro y sangre, con patriótico ardor y fe en Jesucristo.

Ballestaba palomas en los sotos reales de Aranjuez cuando los Reyes iban a holgarse a estos sitios amenos y bellísimos, y en cuyo río por poco se ahoga la Infantita Juana, salvada de la corriente por Vergara, mozo de espuelas del Rey. El Príncipe admiraba mucho a este bueno y fiel servidor de su padre, que le contaba las hazañas del Gran Capitán. No perdía un solo ademán, un solo vocablo del narrador: la pasión le alucinaba. Además, atraíale una vieja espada de dos filos, con empuñadura de reja, que el soldado descolgaba con un gesto de amor, diciendo:

—Con ella he descalabrado a más de un valentón y cortado bonitamente no sé cuánta gola musulmana.

Juan le escuchaba deslumbrado y, al empuñar él mismo la espada, parecíale que el corazón le crecía dentro del pecho.

Atardecido, pero antes del *Angelus*, regresaba al Alcázar, divagando por el mundo desmesurado y quimérico de las ambiciones nacientes, imaginando hazañas inauditas o exaltando ansias de imperio y de grandeza.

Juana, la hermana predilecta, salía a su encuentro.

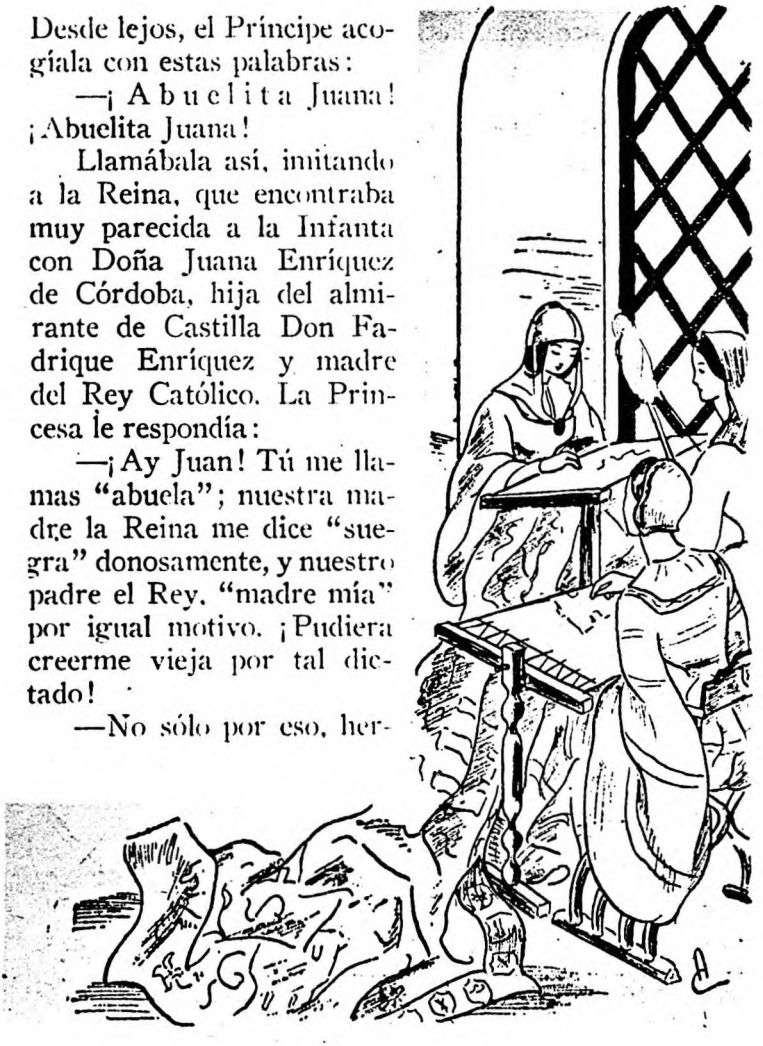
Desde lejos, el Príncipe acogíala con estas palabras:

—¡ A b u e l i t a Juana! ¡Abuelita Juana!

Llamábala así, imitando a la Reina, que encontraba muy parecida a la Infanta con Doña Juana Enríquez de Córdoba, hija del almirante de Castilla Don Fadrique Enríquez y madre del Rey Católico. La Princesa le respondía:

—¡Ay Juan! Tú me llamas "abuela"; nuestra madre la Reina me dice "suegra" donosamente, y nuestro padre el Rey, "madre mía" por igual motivo. ¡Pudiera creerme vieja por tal dictado!

—No sólo por eso, her-



mana mía; aprovechas las lecciones tan maravillosamente, que producen asombro tu juicio sereno y tu agudeza. No en vano Pedro Mártir Anghiera dice que has de ser una segunda Beatriz Galindo, la camarista de nuestra madre; "la latina" te llamarán también, créeme, Infanta Juana.

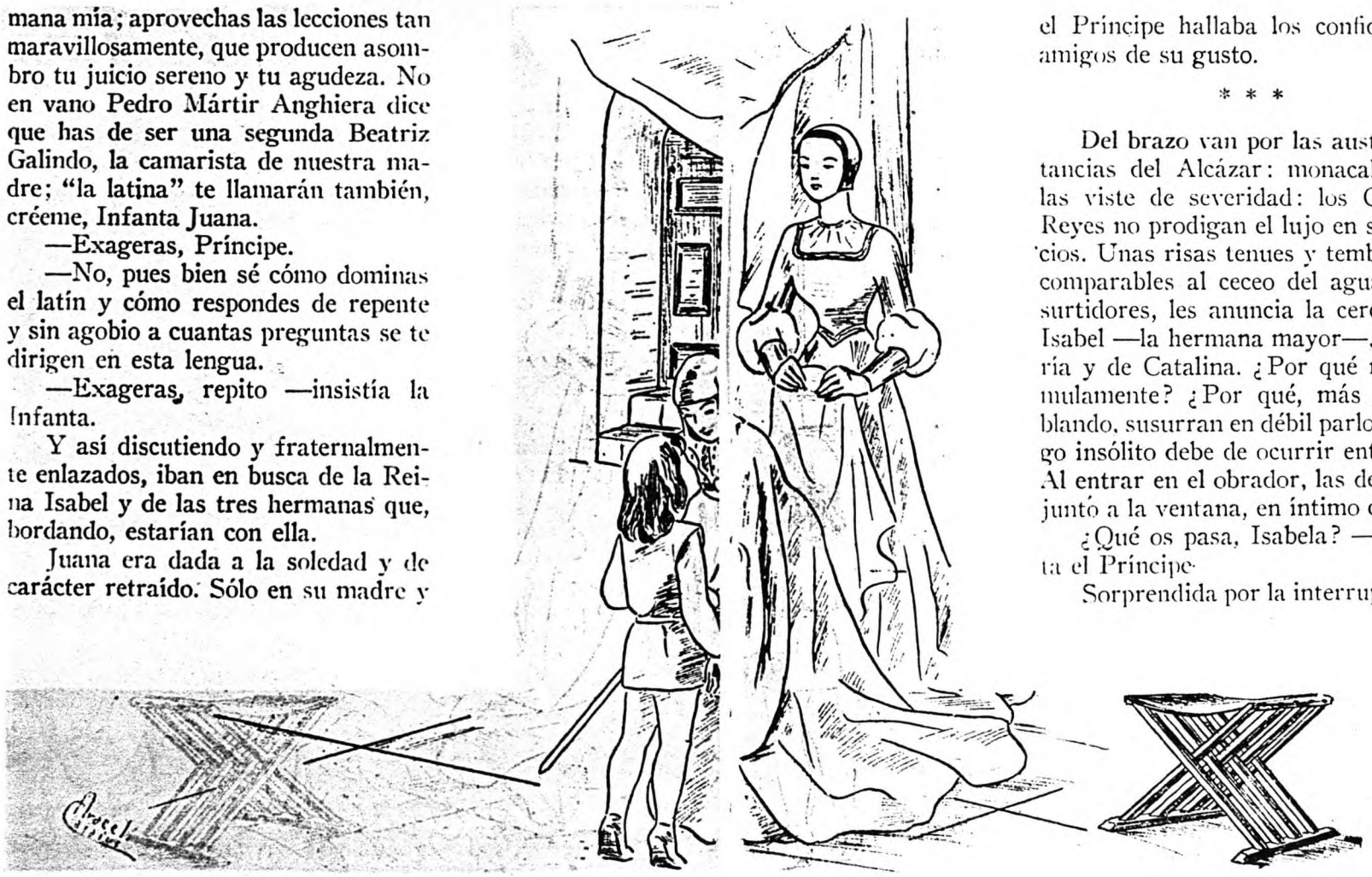
—Exageras, Príncipe.

—No, pues bien sé cómo dominas el latín y cómo respondes de repente y sin agobio a cuantas preguntas se te dirigen en esta lengua.

—Exageras, repito —insistía la Infanta.

Y así discutiendo y fraternalmente enlazados, iban en busca de la Reina Isabel y de las tres hermanas que, bordando, estarían con ella.

Juana era dada a la soledad y de carácter retraído. Sólo en su madre y el Príncipe hallaba los confidentes y amigos de su gusto.



* * *

Del brazo van por las austeras estancias del Alcázar: monacal ornato las viste de severidad: los Católicos Reyes no prodigan el lujo en sus palacios. Unas risas tenues y temblorosas, comparables al ceceo del agua en los surtidores, les anuncia la cercanía de Isabel —la hermana mayor—, de María y de Catalina. ¿Por qué ríen trémulamente? ¿Por qué, más que hablando, susurran en débil parloteo? Algo insólito debe de ocurrir entre ellas. Al entrar en el obrador, las descubren juntó a la ventana, en íntimo coloquio.

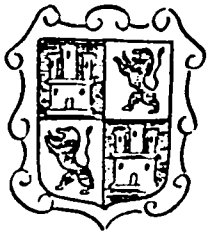
¿Qué os pasa, Isabela? —pregunta el Príncipe.

Sorprendida por la interrupción in-

esperada, la Infanta vuelve su rostro hacia los recién llegados; los mira con ojos brillantes. Con sencillez pronuncia, pausadamente, estas palabras:

—Los Reyes han firmado con Maximiliano de Austria una doble negociación matrimonial: tú, Juan —y señala con el índice al primogénto—, te casarás con la Princesa Margarita de Austria, hija del Rey de Romanos; y su heredero el Archiduque Felipe se casará contigo, Infanta Juana —mientras apunta con su dedo a la atónita Princesa. Luego agrega:

—Nuestro embajador en Alemania llevó a feliz término estas trascendentales alianzas, que virtualmente conceden la hegemonía de Europa a los Monarcas que van a emparentarse.



La Infanta y el Príncipe se miran a los ojos, con lacrimosa fijeza y maravillado semblante. Casi al mismo tiempo preguntan:

—¿Con Margarita de Austria? —balbucea Juan.

—¿Con el Archiduque Felipe? ¿Con Felipe "el Hermoso"? —interroga muy seria la Infanta Juana.

—Sí —replica Isabel taxativamente.

La Infanta, prometida ya del Archiduque, se queda ensimismada, como en olvido súbito de los hermanos que la rodean.

—¿Vendrá, vendrá, por fin, el arrogante y bello Príncipe de azules ojos, en un blanco palafrén con ricos jaeces? ¿Vendrá de las tierras del Norte? ¿Irá ella a ese lejano país exótico, a Gante, a Brujas, a Malinas?

—¡Oh Felipe, mi Archiduque, mi Príncipe de Flandes! —en arrobo exclama para sí la Infanta Juana, bien enamorada ya de su prometido, de su Príncipe de ensueño.

En cuanto a Juan, una emoción profunda, indecible, estremece su pecho.

Como su hermana, conoce de súbito el arrobamiento del primer amor.

Su soñar empieza a sobrepujar la vida; este brusco delirio es pronto para él la coloración, el ritmo y el perfume de todo lo creado.

Su fervor religioso y sus anhelos de gloria se acuestan como lebreles a los pies de la nueva pasión.

Un soñado rostro pálido, con grandes pupilas y luengas pestañas como llorosas, pósase ahora sobre la página del libro de oraciones, sobre las colgaduras del lecho, sobre el mismo Crucifijo, al cual confía su ansia y cuita de amor exaltado y delirante.

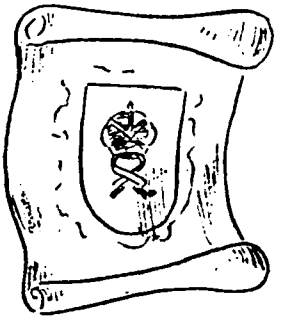
El soñado semblante de Margarita, fantasma fatuo y caprichoso como una volátil llama, es la imagen ante la cual su corazón se postra, henchido de ternura.

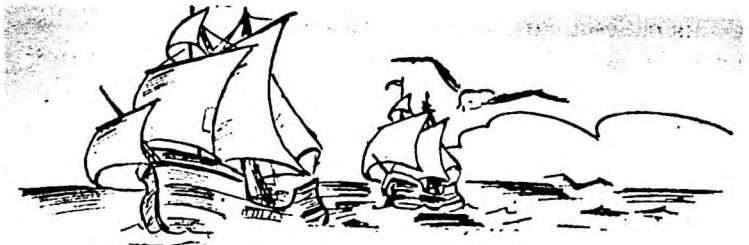
Por la noche, apagada ya la luz de su aposento, pasa horas enteras contemplando los astros del cielo.

Se imagina entonces dejar a un tiempo este mundo con Margarita, para renacer allá, en las regiones inefables, y vagar a solas con ella, aspirando ese céfiro divino que parece estremecer las constelaciones.

La tez, día por día, se le pone pálida.

El mismo se sorprende de su incesante suspirar y de aquella honda congoja de su pecho, todo dolorido de amor y de ansia.





III.-Camino de Flandes

La pacificación de Castilla, la formación de la gran nación española por su enlace con Aragón, la conquista del reino de Granada —postrer baluarte de la dominación musulmana en la Península—, el descubrimiento del Nuevo Mundo y los éxitos políticos que se iban sucediendo y acrecentando, dieron a los Reyes Católicos prestigio de excepción en toda Europa. Así, no es raro que los Monarcas extranjeros quisieran asegurarse la amistad de España por medio de enlaces matrimoniales. Maximiliano de Austria, siguiendo una prudente táctica, se asegura contra las asechanzas de Francia por medio de una estrecha unión familiar con España, unida y fuerte. Don Fernando de Aragón —el Rey Católico—, por su parte, a fines de febrero de 1496, da orden para que se reúna y se aprovisione la Armada que ha de conducir a Flandes a la Infanta Juana, e instruye a sus embajadores en aquel Estado en relación con la venida a España en

la misma escuadra de la Princesa Margarita. El bastardo de Borgoña, con poderes del Archiduque, se desposó en Valladolid con Doña Juana, y Francisco de Rojas, embajador español en Alemania, por mandamiento del Príncipe Juan, lo hizo en Flandes con Margarita.

Dispuesta ya la Armada que desde Laredo había de llevar a Flandes a su joven hija, la Reina Doña Isabel sale de la villa de Almazán con dirección a aquel puerto, donde espera la escuadra, compuesta de 120 navíos de alto bordo, muy bien aderezados y provistos. Acompañan a la Soberana el Príncipe y las Infantas para despedir a la viajera. Mas el Rey Católico no puede ir a dar el adiós a su hija. La Reina Isabel acompaña hasta el navío a la anhelante Princesa. Para más animarla en su viaje, duerme con ella dos noches en la mar, y, al fin, se despide de la Infanta, ya Archiduquesa, con muchas lágrimas en los ojos, pensando una y otra que nunca más habían de volver a verse. Su "suegra" va a partir a extrañas tierras del Norte. La Infanta Archiduquesa tiene a la sazón diciesiete años jovencísimos y un alma enamorada capaz de pasión inmensa.

El Príncipe Juan enviaba en la expedición algunos caballos, aderezados a la jineta, para el Archiduque. Le duele separarse de su hermana; pero ansía que pronto se haga a la vela. La tardanza en la partida implica un

retraso en la llegada de su esposa, su eterna novia adolescente, la amada de sus sueños.

Lleva Doña Juana altas damas como dueñas. Y también muchos caballeros y casi diez mil hombres de guerra. Iba un Conde y otros muy principales señores por capitanes de los soldados. Un obispo, un maestro en Sagrada Teología—que era el capellán mayor de la Archiduquesa—, un mayordomo, un copero, un trinchante, un camarero, un tesorero, un contador, un veedor, un maestresalas, una camarera mayor, que era condesa: tres dueñas de honor y ocho damas. Y asimismo otros muchos oficiales para el resto del servicio. Gran casa había dispuesto para su hija, y con la mayor solicitud, la Reina Doña Isabel.

Hácese a la vela la Armada, saliendo de Laredo el 22 de agosto de 1496, al mando del Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez.

* * *

La Reina Católica sufría gran desasosiego por la marcha de su hija. Desde Laredo fué a Burgos, donde estuvo acongojada, deseando en extremo saber de ella, porque como había partido cara al invierno, temía alguna tormenta o que no pudiesen pasar los navíos los bancos de Flandes.

Estando en esta angustiosa preocupación, le llegó la nueva de que su madre, que hacía tiempo padecía agudas crisis mentales, había fallecido en Arévalo. Y tan desconsolada estaba, que la quiso Dios alegrar trayén-

dóle nuevas de su hija: la Archiduquesa Doña Juana había llegado a Flandes con toda la Armada, excepto una carraca que se había hundido en los bancos de Flandes, y lo mismo le había ocurrido a una carabela. Su congoja se disipó, y sólo tuvo el deseo de ver y abrazar a la princesa Margarita, su nuera.

IV.-Flandes. Felipe el Hermoso

EN Bergas es recibida la Infanta Archiduquesa con gran solemnidad, siendo aposentada en casa de un caballero muy principal de la Orden del Toisón, que había sido ayo del Archiduque y que entonces era su camarero mayor. Después de descansar algunos días en esta ciudad, Doña Juana se dirige a Amberes, donde es agasajada con toda pompa y ofrecida residencia en la abadía de San Miguel. De allí marcha a Lila, donde, al cabo de algunos días, llega el Archiduque, seguido de muy poca gente, por venir apresuradamente en posta. La Infanta española va a encontrar por fin al Príncipe de sus sueños, al rubio doncel de azules ojos. Bajo las exuberantes frondas de hayas y de encinas, por vez primera se reúnen.

Felipe era físicamente bello, vigoroso, hábil en la justa, diestro en la equitación, vigilante en la guerra. Según parecía, su mirada delataba su inteligencia.

Quedan enamorados, al instante de verse, ambos

gentiles Príncipes. Y después de que la escolta de la Archiduquesa hubo besado la mano y hecho pleitesía al joven señor, y de haber recibido éste con mucho agrado los caballos que el Príncipe Juan le enviaba, se desposan al anochecer, consumándose el matrimonio que un día soñara la Infanta de España en su lejano país. No fué el Príncipe a buscarla en su blanco palafrén... En cambio, vino ella al exótico país que él gobernaba en un navío de alto bordo...

Vuelven, a los pocos días, a Amberes, donde les hacen un gran recibimiento, celebrándose en honor de los Archiduques grandes fiestas. Muy acompañada de damas y caballeros de la tierra, llega a la ciudad madama Margarita para conocer y abrazar a su cuñada. Al cabo de presenciar los agasajos, emprendió el camino hacia el puerto de Ramua para desde allí emprender el viaje a España. Fué acompañada por el Almirante de Castilla y todos los caballeros que vinieron con la Archiduquesa.

En cuanto la Princesa Margarita partió de Amberes, los Archiduques se fueron a Bruselas, entrando en ella apoteósicamente. Y así vienen a besar la mano de la Infanta Archiduquesa todos los nobles de Flandes, celebrándose grandes torneos a la luz de blandones, y también grandes regocijos de músicas y danzas, además de un gran banquete nocturno. Como Don Felipe era mancebo —tenía diecinueve años— y alegre, entendía en cosas de placer y divertimientos de armas.

* * *

Aquel Estado, del que Juana y Felipe eran Archidu-

ques soberanos, se dividía en diecisiete provincias que colectivamente llamábanse Flandes o Brabante. El Flandes propiamente dicho —con las ciudades de Brujas, Gante, Ostende, Gravelinas, etc., la mayor parte y más floreciente— ha sido con frecuencia el nombre de todo el país. Los españoles hemos empleado durante siglos sólo el nombre de Flandes, y, desde que nos perteneció, nos ha ofrecido grandes y repetidos motivos de sorpresa, asombro y admiración. Por esta causa, Doña Juana tropezaba con grandes dificultades para aclimatarse y sentirse como del país.

Ya el carácter, castizamente norteño, de Felipe era para ella difícil de entender.

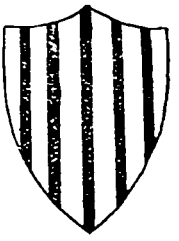
La Infanta Archiduquesa echaba de menos el retostado perfume del cantueso y del tomillo que sahumaba el paisaje castellano. Aquella tierra de Flandes no hacía crecer el espliego: no daba el tejo, ni el laurel, ni el ciprés: no se cogían albaricoques, higos ni aceitunas: ni las huertas producían melones, ni había almendras: donde el perejil, la cebolla y las lechugas no tenían jugo ni sabor: donde se usaba como condimento manteca en vez de aceite. Las flores de la retama no surgían aquí y allí, como en Castilla, entre los plomizos peñascos, haciendo brillar su oro sobre el cielo de añil.

En cambio, se asombraba del delicioso encanto y de la exuberante magnificencia y frondosidad de las arboledas de encinas, pinos, olmos, chopos y hayas, que iban de un lugar a otro y convertían provincias enteras en un verdadero paraíso. Le causaba admiración la multitud de corrientes, de ríos y arroyos, lagunas, brazos de

mar y canales que cruzaban el país en todos sentidos y lo fertilizaban con una humedad que era una bendición. Todo parecíale a Doña Juana cuadros de idílica vida pastoril. Y era sorprendente notabilidad para ella el hecho de que en todas partes había infinidad de gallinas robustas y pesadas, pero que, a pesar de ello, movían las alas con tal facilidad, que subían a los árboles y a los tejados como los pájaros, por lo que no se podía coger ninguna hasta que, a la caída de la tarde, bajaban en busca del gallinero.

La densidad de población de aquel país era enorme, si se aprecia con arreglo a la

medida española, y la circunstancia de que los habitantes eran de raza germánica unos y gallo-romana otros, dió lugar para aquella Princesa española a otra notabilidad casi incomprensible: el poliglotismo. Aquellas gentes aprendían y usaban, sin salir de casa, tres o cuatro idiomas: el alemán, el francés, el flamenco y, casi todos también, el latín. Doña Juana se mareaba casi en aquella barahunda de lenguas y de razas, en aquellas ciudades tan diversas entre sí. No había en aquel territorio una centralización de fuerzas espirituales como en España; no conocían una capitalidad ni un ideal común. Malinas de Brabante, por ejemplo, era la ciudad parlamentaria, de la alta burocracia, de los tribunales de justicia, de los abogados; Lovaina, también brabantina, era la ciudad universitaria; Cambray, la ciudad del alto clero, era el centro religioso y jerárquico del país, y aquí se oía y se admiraba el reloj de música de campanas más notable de los Países Bajos, que, cuando daba las horas, en cada una ponía a la vista una escena de la Pasión de Cristo en grupos de figuras de tamaño natural; Gante, la ciudad de floreciente industria, era la flor y la perla de aquellos países; Brujas era antigua sede de la artística profesión del tejido de tapices, y en ella había fundado Felipe "el Bueno" la Orden del Toisón de Oro; Amberes, el gran puerto, abarrotábase de géneros de Indias, porque en él recalaban los barcos portugueses; Bruselas, por último, era la ciudad de los palacios de la nobleza,



la residencia de la familia real, y en donde bullían los magnates y caballeros del Toisón de Oro, cortesanos, diplomáticos y embajadores, lacayos, cocineros, caballerizos y palafreneros.

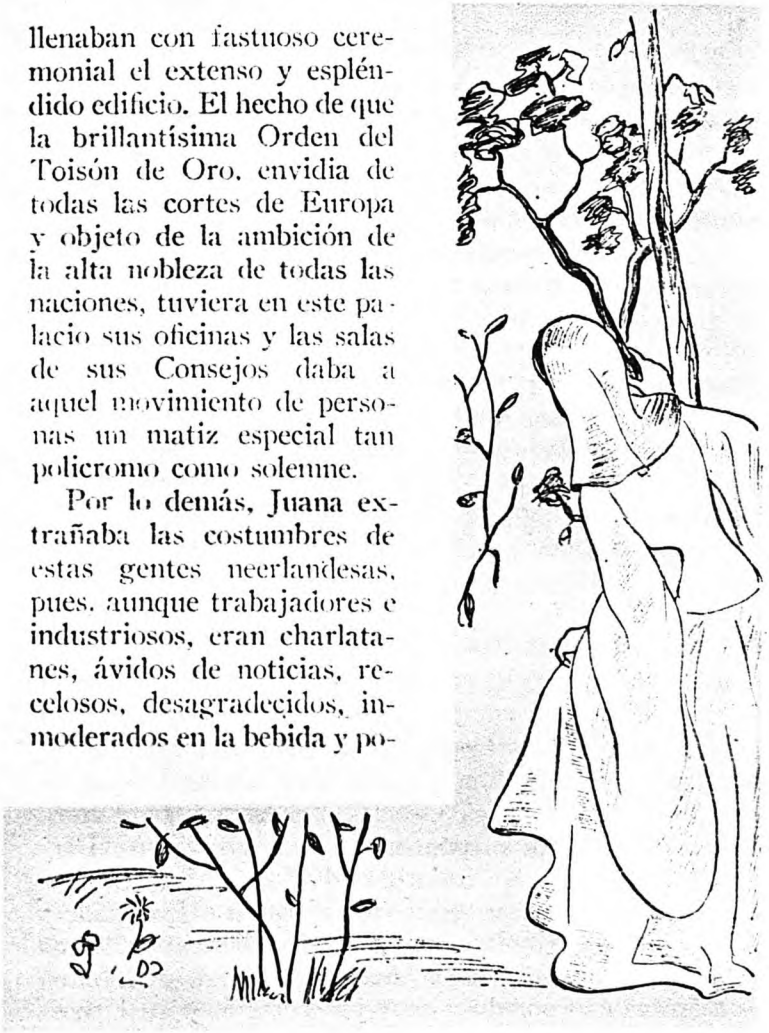
En la cumbre del Borgendael se levantaba el palacio del Duque de Brabante. Allí residían los Archiduques. El edificio era macizo, húmedo y frío; pero la suntuosidad del decorado y la riqueza interior hacían que se sintieran poco la humedad y el rigor del invierno. Los suelos estaban cubiertos de espesas y lujosas alfombras de brillantes colores; de las paredes pendían magníficos tapices de tejidos de Flandes. Estos representaban escenas pastoriles y de caza, cuadros bíblicos, mitológicos y de la historia de la caballería. Los muebles de talla y las chimeneas de mármol estaban adornados con preciosas vasijas de plata y oro, delicados vellones de sobremesa, espejos venecianos, figuras y vasos de porcelana. Galerías y corredores ostentaban en las paredes obras maestras de pintores italianos, retratos de antepasados, cuadros de batallas y paisajes. Capillas y oratorios albergaban pinturas religiosas y esculturas de madera de incalculable valor.

Un parque natural de muchas fanegas de extensión, con estanques y cotos, prados bañados de sol y frescas arboledas, rodeaba por tres sitios el palacio; una sencilla tapia lo separaba de la espesura del monte, en que abundaba la caza, y que se extendía hasta muy lejos, como campo de batalla de las cacerías, de los paseos ecuestres y de la caza.

Funcionarios de la corte, de mil vistosos uniformes,

llenaban con fastuoso ceremonial el extenso y espléndido edificio. El hecho de que la brillantísima Orden del Toisón de Oro, envidia de todas las cortes de Europa y objeto de la ambición de la alta nobleza de todas las naciones, tuviera en este palacio sus oficinas y las salas de sus Consejos daba a aquel movimiento de personas un matiz especial tan policromo como solemne.

Por lo demás, Juana extrañaba las costumbres de estas gentes neerlandesas, pues, aunque trabajadores e industriosos, eran charlatanes, ávidos de noticias, recelosos, desagradecidos, inmoderados en la bebida y po-



co a propósito para esfuerzos corporales y trabajos intelectuales. La austeridad castellana de la Infanta chocaba con el hábito de buena vida de los habitantes de estos países de Flandes. Y en el palacio estaba falta de autoridad y de libertad, necesitada a veces de las cosas más necesarias, pues el Archiduque no le entregaba los veinte mil escudos de renta para sustentación de su casa y estado; sentíase casi sola y aislada en medio de aquella alegre y bulliciosa corte. Su esposo había despedido a los caballeros españoles que su madre nombró para constituir su casa archiducal, sustituyéndolos por otros de su país, y que eran enteramente extraños a la sensibilidad y costumbres de Doña Juana.

Y esto era, a pesar de todo, lo de menor importancia, pues, en verdad, más sufría la Archiduquesa por las constantes ausencias de su esposo, apasionado de las cacerías. Era Don Felipe tan gallardo mancebo, tan gentil hombre, que temía que algunas de las damas asistentes a aquéllas se enamorasen de él. Se imaginaba verlas vestidas de terciopelo verde o leonado, galopando en sus hacabeas, por los campos luminosos y en seguimiento del señor de Flandes. Las veía atravesar espinosos setos, bosques de encina, sin miedo al jabalín, a las traíllas de perros cazadores, mezcladas a los monteros, atentas solamente al lustroso corcel del Archiduque, al revolar de su gran capa amarilla que flameaba en el viento, como bandera que se lleva el enemigo. Los tapices que cubrían los fríos muros de aquellas extranjeras estancias vivificaban en la imaginación de Doña Juana esta escena con una colorida representación visual, mor-

tificándola y haciéndola padecer crueles celos y angustias. Amaba a su marido con frenesí y siempre temía por su amor: hasta los placeres, diversiones y negocios políticos de su esposo eran amenazas constantes que la irritaban o la entristecían. Su pasión amorosa vencía su resignación cristiana, y ni siquiera servíale de consuelo aquella frase de su madre, la Buena Reina:

—Sabed que el paraíso es prometido a los sufrientes y serán honrados allí en gradas altas y aventajadas.

Con desgarradora sorpresa había advertido la Infanta que el Archiduque no solamente existía para ella, pues notaba que las damas sentíanse atraídas por la hermosura de Felipe y prodigábanle miradas dulces y suaves, melindres y sonrisas, e imaginó todo lo que podría suceder en aquella familiaridad y galanteo. Pero su orgullo fué más fuerte que su dolor, y nada demostró en su semblante. Aparentaba natural serenidad, y estaba silenciosa y casi sonriente.

Una tarde, sin embargo, un escudero vino a decirle que el Archiduque se paseaba en compañía de una dama bajo los árboles del parque.

Doña Juana fué a mirar entre los setos. Largo tiempo pasó ocupada en atisbar, por distintos parajes, las avenidas y los jardines.

De pronto, un calofrío, anterior a toda idea, le corrió por el cuerpo. Volvió a mirar.

Sí, frente a ella, a corta distancia, Felipe "el Hermoso", a la sombra de una encina, había juntado su rostro al de la dama, mientras ella deshojaba una flor, roja como la sangre, y sonreía.

Loca de ira, la Archiduquesa quiso abrirse paso entre la espinosa maleza; pero no pudo lograrlo, y un destemplado gemido, un gemido áspero, terrible, brotó de su pecho.

Desde entonces, los celos mordieron, como feroces lebreles, la intimidad de su alma.

II.-El Príncipe Don Juan. La Infanta Doña Isabel

TRAS larga espera llegó la Armada a las costas de España, conduciendo a la Princesa Margarita. El Rey la esperó en Santander, y desde allí fueron a Burgos, donde aguardaba Isabel y en donde se celebraron grandes regocijos.

Desde su casamiento por poderes, el Príncipe Juan componía largos y conceptuosos discursos con que pensaba abordar a su amada. Mas cuando llegó la hora del encuentro, se saludaron como en un estrado y Don Juan no acertó a balbucear uno solo de los ingeniosos conceptos que había pensado para decirle.

Paseáronse con los dedos enlazados, hablando apenas y mirándose, de tiempo en tiempo, en los ojos, sin sonreír. Margarita, de pronto, subióse a un viejo columpio y comenzó a balancearse con violencia, presa de un rapto de juventud y de dicha. Su risa, numerosa, loca, inesperada, voló como un enjambre de mirlos, despertando los ecos a través de los árboles.

Hablábanse cada vez más trémulos y ajenos a sí mismos. Don Juan sentíase dichoso de ser el dueño de aquella deliciosa existencia, y, con súbita resolución, preguntó a su recién llegada esposa:

—¿Os holgáis de ser mi amada y mi Princesa?

—¡Oh Príncipe! —repuso Margarita—. Menos pudisteis tardar en decírmelo.

Y entonces le rindió su mejilla y su boca allí mismo.

Y felices y enamorados vivieron, hasta que dicho estado venturoso acabó de repente, con el prematuro fa-

llecimiento del Príncipe, a los diecisiete años y a los siete meses de su matrimonio con Margarita de Austria.

Murió Don Juan en Salamanca, en un gran aposento perfumado y oscuro, mientras Margarita lloraba en silencio, sobre un cojín azul y entre sus dueñas. Un extraño mal —exceso de amor quizá— le causó la muerte a tan temprana hora y en lo mejor de su dicha. Los médicos dijeron que la causa de su muerte había sido la inmoderada pasión amorosa que, de tan grande, hízole estallar el pecho casi adolescente. Pero una sonrisa de felicidad iluminaba sus yertos labios.

* * *

Margarita, al poco tiempo de su fallecimiento, dió a luz una niña muerta, quedando la corona de Castilla y de Aragón sin varonil heredero, por lo que el derecho de sucesión recaía en la mayor de las Infantas, Isabel. Había contraído matrimonio con el Príncipe Alfonso de Portugal, heredero de la monarquía portuguesa, a quien amó con locura, quedando viuda prematuramente.

Enlutada, descuidaba su arreo y se recogía en el castillo de Valencia de Alcántara. Una ventana al campo enseñábale la tarde de otoño, las rojas frondas y el cielo pálido. Sólo podía decir a sus dueñas:

—Sin cesar, he venido perdiendo mi nombre. ¡Largo silencio herido! Desfallece mi corazón. ¿Cómo soñar mis ojos, burlados por la muerte? Y estoy sin nombre yo, y hasta mis lágrimas han muerto, y sólo me queda para ver este rescoldo frío de la mirada. ¡Ay, mi dolor sin llanto es la piadosa orilla que recoge mi carne!

Cantadme ese romance —suplicaba luego a las damas de su compañía—. Cantad en voz muy baja, como canta el ruiseñor en la noche, y el arroyo en el valle, y la brisa en el álamo, para que nadie os oiga más que yo. No me daréis tristeza... Mi corazón prefiere su costumbre sin nombre.

Una dama, por fin, condolida, arranca algunos acordes a una vihuela. La Princesa viuda empieza a cantar:

¡Ay, ay, qué fuertes penas!
¡Ay, ay, qué fuerte mal!

Otra de las damas recita en tono confidencial, sobre el doliente son del instrumento:

Hablando estaba la Reina
en su palacio real
con la Infanta de Castilla,
Princesa de Portugal.

Las dos damas a la vez:

¡Ay, ay, qué fuertes penas!
¡Ay, ay, qué fuerte mal!

Prosiguiendo la recitadora:

Allí vido un caballero
con grandes lloros llorar.
"Nuevas os traigo, señora,
dolorosas de contar,
y no son de Reino extraño,
de aquí son, de Portugal.
Vuestro Príncipe, señora,

vuestro Príncipe real,
es caído de un caballo
y la alma quiere a Dios dar.
Si lo queredes ver vivo,
non querades de tardar."

La Reina Isabel ha entrado silenciosamente. Una dama, al verla, exclama:

—¡La Reina!

La otra dama interrumpe la recitación. La Reina se adelanta hacia el grupo, diciendo:

—¡Hija mía, no quiero regañaros hoy! Ni a vosotras tampoco. ¡Salid!

Salen las damas. La Reina se sienta en un sillón. La Princesa queda de pie a alguna distancia.

—Vos, Isabel, haréis mejor casada que viuda; seréis novia lucida y dulce esposa. ¿Queréis creerlo de veras? Casaréis, y seréis más feliz que en vuestro primer matrimonio.

—¡Oh, no! No podré serlo. Mi dicha ha sido rota de una vez para siempre. Mi felicidad era el esposo que se me quedó muerto entre los brazos.

—Me duele que habléis así, hija mía. No tiene altura la desgracia para llenar un corazón humano. ¡No lo consiente Dios! He respetado vuestro dolor sin conseguir que lo dejarais, y ahora, por vos, Isabel, hemos decidido, el Rey y yo, vuestra segunda boda.

—Tener que volver a Portugal... ¿Por qué me enviáis allí, donde he sido dichosa? Madre, allí precisamente allí, nunca podré olvidarle.

—Precisamente allí olvidaréis lo que olvidarse debe, y nada más. Ya, ¿quién recuerda, Isabel, aquellos jubilosos esponsales celebrados en Sevilla?

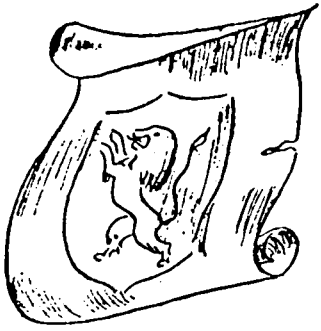
—Yo los recuerdo, madre. Mi amor queda.

—Vuestro amor debe quedar eternamente, no vuestro llanto ni vuestro luto.

—¿Cómo amar a nuevo esposo si tengo viejo amor?

Pero hubo de acceder a los ruegos de sus padres y de su familia portuguesa, si bien con gran repugnancia, y casó nuevamente con el Rey Manuel de Portugal. Mas su segundo matrimonio fué brevísimo, pues al alumbrar a un hijo, fruto de estas bodas, murió inesperadamente. ¡La dulce Princesa Isabel fuése en busca de Don Alfonso, su viejo amor inolvidable!

Con el nombre de Miguel se bautizó al niño dado a luz por ella, y fué jurado heredero de Castilla y de Aragón. ¡No sería muy larga su vida! ¡Veintidós meses duraría tan sólo!



VI.-La tristeza de Doña Juana

LOS rumores llegados a Castilla no eran invención. El Archiduque tenía reducida a su mujer a la más vergonzosa penuria y sometida a las más inicuas vejaciones. Doña Juana se sentía sola y aislada en medio de la bulliciosa corte de Flandes, tan alejada de su sentir íntimo, de sus principios fundamentales, de su espíritu formado en el ejemplo de un hogar en que tenían cabida todas las virtudes. Su esposo la había rodeado de personas que le eran ajenas y por las que se sentía espiada en todos sus actos, mientras se procuraba hacer incómoda la estancia a su lado de cuantos la habían acompañado, elegidos por la Reina Isabel. Los días eran una angustia que se perpetuaba hasta el infinito, sin posible salvación, y el espíritu se iba ensombreciendo a fuerza de lágrimas y acumulando reservas de rencor hacia todos los que causaban su desgracia con manifiesta premeditación. Su gran amor por el Archiduque se veía burlado, sus ilu-

siones de mujer, de esposa y de madre —ya le había nacido la primera hija, que llevaba el nombre de Leonor en memoria de su bisabuela, madre de Maximiliano e hija del Rey Don Duarte de Portugal— se iban alejando, dejando un sedimento de oscuridad en su alma, cada día más sensible al dolor que la ahogaba. Con la cabeza baja, con los párpados enrojecidos por el llanto, velando casi por completo las grandes pupilas de sus empañados ojos y la incierta y vaga mirada, recorría los aposentos a ella destinados. Todo su aspecto retrataba su espíritu, agitado por los celos o abatido por la pérdida del objeto amado. Sus atavíos borgoñones perdían su gracia y donosura, porque ninguna femenil coquetería los cuidaba. Una desgana para todo invadía el ánimo de la Archiduquesa.

Entre tanto, Felipe, olvidado casi de su esposa, vivía entre continuas genuflexiones, artificiosos juegos de sentimientos, histriónicos afeites de la vida cortesana, entre exquisitos refinamientos y galas al uso, cacerías y alegres danzas. Gustaba, sobre todas las cosas, el bello Don Felipe de la pompa y del regalado vivir, del aparato palaciego. Sus brocados y brocateles eran fastuosos. Escogidos lapidarios flamencos habían grabado el ónice y la cornalina para el sello de sus sortijas y el pomo de sus dagas. Su esposa, para él, era un ser casi terrible, porque tomaba en serio el amor, a la manera española. Y por esto la aislaba en sus habitaciones, entregándola a los celos, a los resabios, a las humillaciones. El prefería ir solo a los bailes y juguetear con las altas damas de su corte, parloteando frívolamente. No podía com-

prender la obsesiva pasión de Doña Juana, ni aquel salvaje amor sin freno...

* * *

Contrasta de una manera elocuente el trato que los Reyes Católicos dieron a su nuera con el que el Archiduque y sus ministros daban a Juana. Los Monarcas españoles cumplieron fielmente las estipulaciones matrimoniales, lo que no vedó que los ambiciosos flamencos que estaban al servicio de la Princesa sembrasen, por su desmesurada ambición, la discordia entre ella y sus suegros. A las ambiciones desmesuradas de éstos y del mismo Archiduque respondieron los Reyes con un documento, lleno de fraternal cariño para la Princesa y de enérgica acritud para los inductores de la discordia.

Maximiliano de Austria, a la sazón, apremiaba a su hija para que emprendiese el regreso a sus Estados en cartas particulares a ella y a los Reyes y por medio de sus embajadores, e igualmente hacia el Archiduque.

Accedió por fin la Princesa viuda. El viaje se hizo por tierra, y el Rey Luis de Francia dió un elocuente salvoconducto para que Margarita pudiese atravesar su país. A los Reyes Católicos no les satisfizo el viaje. La Princesa entró en Gante el 5 de marzo de 1500.

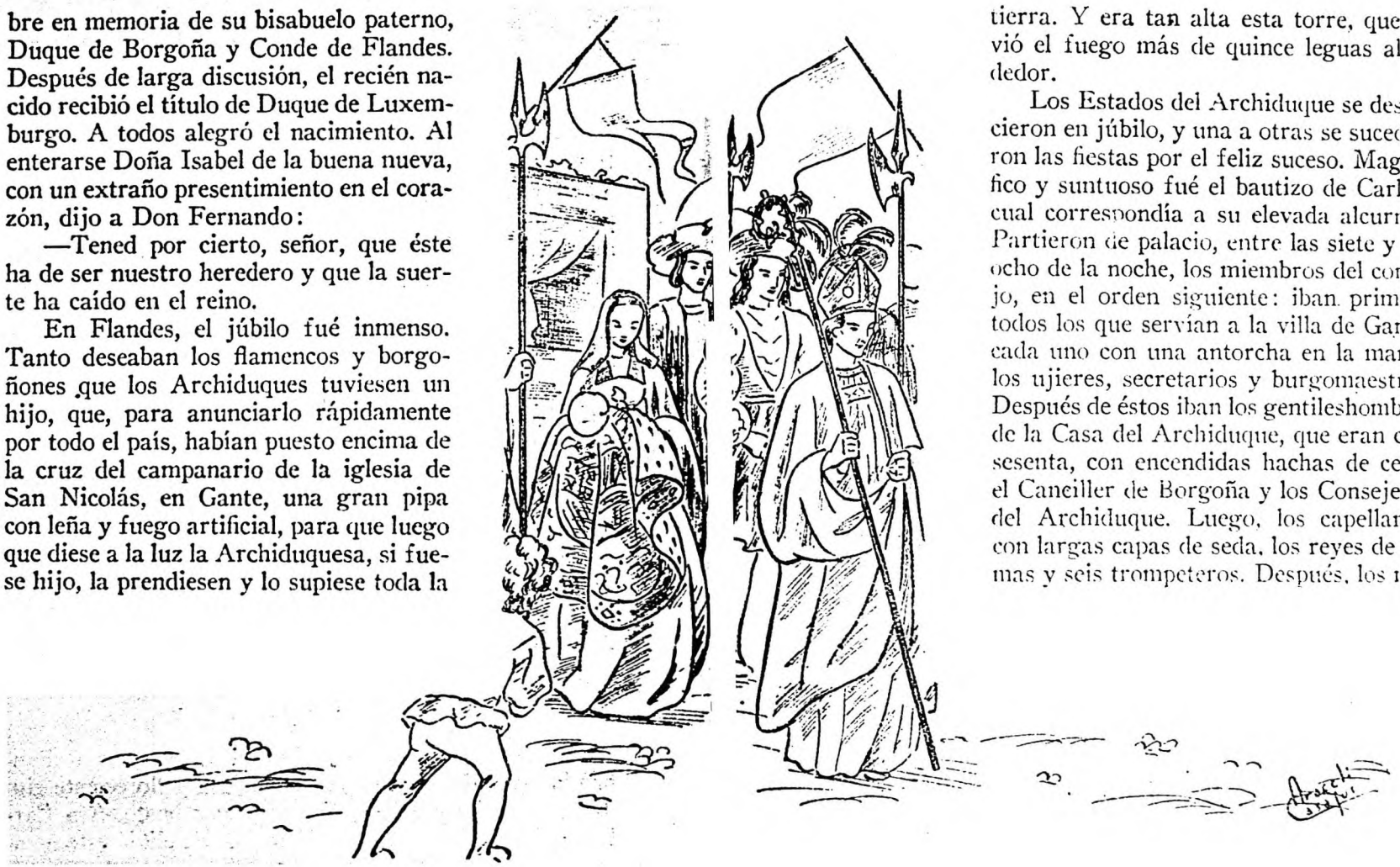
* * *

En el mes anterior a la llegada de Margarita alumbró la Archiduquesa en la industriosa y floreciente ciudad a su primer hijo varón, sano y robusto. Era Carlos, el futuro Emperador de Europa. Se eligió este nom-

bre en memoria de su bisabuelo paterno, Duque de Borgoña y Conde de Flandes. Después de larga discusión, el recién nacido recibió el título de Duque de Luxemburgo. A todos alegró el nacimiento. Al enterarse Doña Isabel de la buena nueva, con un extraño presentimiento en el corazón, dijo a Don Fernando:

—Tened por cierto, señor, que éste ha de ser nuestro heredero y que la suerte ha caído en el reino.

En Flandes, el júbilo fué inmenso. Tanto deseaban los flamencos y borgoñones que los Archiduques tuviesen un hijo, que, para anunciarlo rápidamente por todo el país, habían puesto encima de la cruz del campanario de la iglesia de San Nicolás, en Gante, una gran pipa con leña y fuego artificial, para que luego que diese a la luz la Archiduquesa, si fuese hijo, la prendiesen y lo supiese toda la



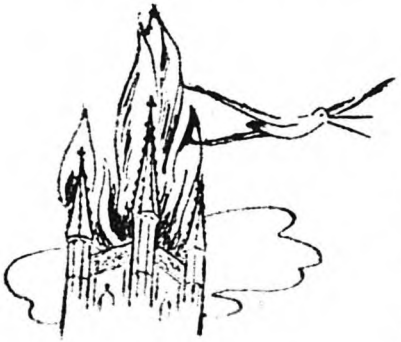
tierra. Y era tan alta esta torre, que se vió el fuego más de quince leguas alrededor.

Los Estados del Archiduque se deshicieron en júbilo, y una a otras se sucedieron las fiestas por el feliz suceso. Magnífico y suntuoso fué el bautizo de Carlos, cual correspondía a su elevada alcurnia. Partieron de palacio, entre las siete y las ocho de la noche, los miembros del cortejo, en el orden siguiente: iban primero todos los que servían a la villa de Gante, cada uno con una antorcha en la mano: los ujieres, secretarios y burgomaestres. Después de éstos iban los gentileshombres de la Casa del Archiduque, que eran casi sesenta, con encendidas hachas de cera: el Canciller de Borgoña y los Consejeros del Archiduque. Luego, los capellanes, con largas capas de seda, los reyes de armas y seis trompeteros. Después, los ma-

ceros, y a continuación, los nobles y gentileshombres que llevaban las cosas necesarias para el bautismo: la capa, de rica pedrería y guarnecida de perlas; las fuentes, el salero, la candela de cera blanca.

Inmediatamente detrás iba madama Lagrande, sentada sobre una silla, que sostenían cuatro hombres, llevando al niño en sus brazos, envuelto en una mantilla de rico brocado y con forro de armiño.

A su lado marchaba la Princesa de Castilla, con el manto y tocado castellano.



Y detrás de ella caminaba el Príncipe de Simay, seguido de muchos otros caballeros.

El bautismo se llevó a efecto en la iglesia de San Juan, al término del cual los órganos y cantores entonaron el *Te Deum laudamus*.

Se tocaron luego las trompetas, sembrando de monedas la iglesia a la voz de:

—¡Largueza! ¡Largueza!

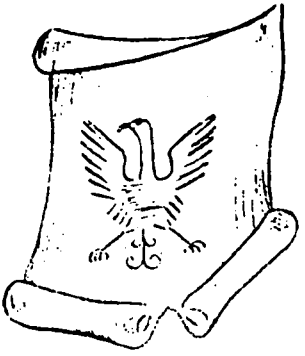
Acabada la ceremonia, el cortejo emprendió el regreso a palacio en el mismo orden en que había venido, tañendo en las torres las campanas, sonando las trompetas, sacabuches, clarines y chirimías.

A medianoche llegaron y entraron en la cámara

de la Archiduquesa, haciéndole entrega del hijo bautizado.

Los padrinos y las madrinas dieron al niño muy ricos regalos: un estoque de oro, una taza de este mismo metal guarnecida de pedrería, un vaso de cristal con adornos de perlas...

Y sobre todos estos regalos, la suerte había caído sobre la vida del Príncipe que, al margen de una tragedia extrahumana, iba a ser el más poderoso Monarca de la tierra y el brazo armado de la unidad católica.



VII.-Los Archiduques en España

LAS palabras de la Reina Isabel tuvieron realidad inmediata. Estaba de Dios que el Príncipe Don Carlos había de ser el heredero de los Reyes Católicos.

En efecto: con la muerte del Príncipe Miguel, hijo de la infortunada Reina de Portugal, ocurrida en julio de 1500, murió el último sucesor del trono de esta dinastía española. Un linaje extranjero iba a entrar en España: los Habsburgos. Grande fué la preocupación de los Reyes por el fallecimiento del nieto heredero, desgracia que les cambiaba de plano todos sus proyectos y esperanzas. Resignados en su dolor y decididos a obrar con la rapidez que siempre les fué peculiar, enviaron mensajeros con la triste nueva a sus hijos los Archiduques, a quienes pedían que viniesen a España con la máxima prontitud para ser jurados herederos de sus dominios, dándoles de paso título de Príncipes.

En este mismo año de 1500 casaron a las dos hijas

que aún les quedaban solteras. Una, María, con el Rey Don Manuel de Portugal, viudo de su hermana Isabel. Otra, Catalina, con el Príncipe de Gales, hijo de Enrique VII de Inglaterra.

Los consejeros de Don Felipe daban largas a su venida a España, poniendo pintorescos pretextos. Conocían Fernando e Isabel las cualidades aprovechables de Felipe y querían a todo trance atraerle, apartándole de los que, pensando en su personal interés, le aconsejaban y gobernaban, para ponerle en contacto con el pueblo y con los asuntos del Gobierno de España. Quería el Archiduque complacerlos, más que con deseo de quedarse, con el de ser jurado Príncipe y regresar a sus dominios. Sobre las razones de Estado tenían los Reyes otras de índole particular, que los inducían a procurar el viaje: la vida un tanto disoluta del Archiduque, de la que pensaban apartarle llevándole al camino de la razón, y, sobre esto, la no muy apacible de la Archiduquesa.

Recibieron los Reyes Católicos a los embajadores de sus hijos, y por ellos supieron cómo los flamencos, holandeses y otras gentes de sus señoríos no consentían que Felipe se apartase de ellos, y que Juana no hacía más que decir:

—En ninguna manera quiero ir sin mi marido, por lo mucho que le quiero.

Encargaron los Reyes a estos embajadores que persuadiesen a Felipe de la absoluta necesidad de venir a España para ser jurados su esposa y él Príncipes herederos, dándole además a entender cuán difícil cosa era

gobernar reinos en que primero no hubiesen permanecido mucho tiempo.

En julio de 1501, en Bruselas, tuvo Doña Juana su tercera hija, a la que se dió el nombre de Isabel, en homenaje a su abuela y a su hermana.

* * *

Orilladas las dificultades y terminadas las dilaciones que se habían venido dando, el Archiduque resolvió ya, aconsejado certeramente por los que envió cerca de sus suegros, emprender el viaje con su mujer.

Sus Altezas de Borgoña, sin llevar en su séquito a ningún español, hicieron el viaje por tierra, aprovechando la paz que existía con Francia. El Rey de este país había instado reiteradamente para que así fuese y les puso una escolta de cuatrocientos lansquenetes. Emprendieron el viaje por Cambray, San Quintín, Noyon... La fila de carros de equipaje era inmensa, y la carga, de gran consideración: llevaban consigo arcas con magníficas vajillas, muchos de los insuperables tapices de Flandes, ajuares, etc. Los acompañaban cuarenta damas de honor, sesenta caballeros y doscientas personas más, entre lacayos, escuderos, cocineros, ayudantes...

Entraron en Blois, donde residía la corte francesa. En el salón de honor de palacio se celebró la solemne recepción de los viajeros. Luis XII recibió al Archiduque con grandes muestras de júbilo, y cuando apareció Don Felipe en la puerta, exclamó:

—Voià un beau prince!

Después de tres profundas reverencias, interrumpi-

da cada una por cinco pasos, se acercó el Archiduque al Rey, que le recibió con un fuerte abrazo. Tras corta pausa, aparece Juana en la puerta. Antes de entrar, el maestro de ceremonia le advirtió que el Rey le daría un beso. Juana retrocedió entre asustada e indignada y estuvo a punto de huir, dando un penoso espectáculo.

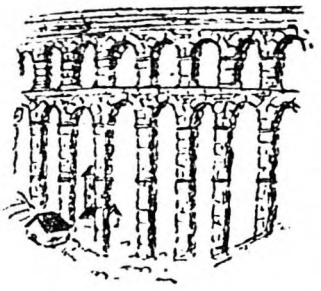
—Sólo mi esposo puede besarme —decía.

El obispo de Córdoba, su confesor, tuvo que intervenir, consiguiendo, no sin esfuerzos, persuadirla y apaciguarla, diciéndole:

—Amoldaos, Princesa, en silencio a la costumbre.

Comenzó por las genuflexiones de rigor, que no pudo terminar, porque el Rey fué a su encuentro con inusitada rapidez, y después de darle el beso la llevó al lado de la Reina, que también la besó.

Las diversiones se sucedieron para honrar a los huéspedes y para solemnizar el Tratado de paz de Trento, acordado entre Luis XII y Maximiliano. Bailes, cacerías, torneos y juegos de dardos y de naipes celebráronse con gran entusiasmo y alegría; pero hubo que abreviar la estancia a causa de ligeros conflictos femeninos. Trató el Monarca francés de que los Archiduques le prestaran algún género de vasallaje como Condes de Flandes, y, al efecto, les envió cierta moneda para que fuesen a ofrecerla en señal de feudo. En la iglesia, tenía Juana que depositar las limosnas en los cepillos en lugar de la Reina; una dama de la corte le daría el dinero menudo necesario para ello. Juana consideró ambas cosas como bochornosa exigencia y las rechazó en seco. De ninguna manera quiso Juana tomar las monedas, aunque el Archiduque ofreció lo que le dieron, no bastando para vencer su orgullo ni súplicas, ni palabras, ni amenazas. La Reina de Francia se enfadó y se vengó en un acto ceremonial. Al salir de la iglesia se olvidó de ofrecer la precedencia



a su huésped, y se puso en marcha la primera. Juana no se inmutó. Se detuvo en la iglesia durante un largo espacio, procurándose de esta forma una salida digna y hábil, devolviendo el golpe a la Reina con mayor dureza; ésta, por una obligada cortesía, esperaba en la puerta; Juana se desentendió de ella y fué directamente a sus habitaciones. Con estos incidentes quedó rota la armonía femenina, y como de ello podían derivarse serias complicaciones, se apresuró la despedida y la marcha. El Rey dió todavía escolta a los Archiduques hasta Amboise.

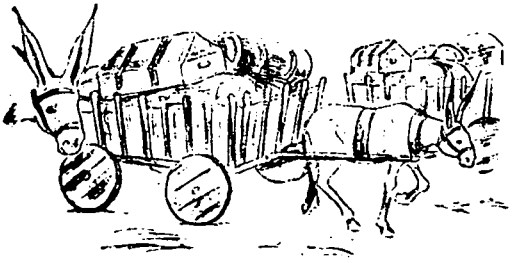
En San Juan de Luz se volvió atrás el mayordomo de la corte francesa, y los viajeros pasaron la frontera española. Los carros de equipajes fueron descargados y regresaron vacíos a Flandes, puesto que no podían aventurarse por los senderos de los Pirineos. Fué trasladada la carga a una recua de mulos vizcaínos, y el cortejo emprendió la marcha hasta Toledo. Entraron en España por Fuenterrabía el 29 de enero de 1502, siendo recibidos por el Condestable de Castilla, el Duque de Nájera y otros Grandes de España, en nombre de los Reyes. Acompañaba a estos caballeros un séquito numeroso y lucido, digno de quien lo enviaba y de los viajeros. Dos Alcaldes de casa y corte y el prestamero de Vizcaya quedaron encargados de ejercer sus oficios por todos los lugares que atravesaba el cortejo, que, desde la frontera, siguió la ruta de Vitoria, Burgos, Valladolid y Segovia, hasta Madrid, siendo recibidos en todo el trayecto con grandes muestras de entusiasmo.

En Burgos, según antiguo derecho y vieja costum-

Araceli
Caraffa

bre, estaban cerradas las postas. No se abrieron sino después que el Archiduque hubo jurado respetar y observar los privilegios de la ciudad. De aquí en adelante empezaron también en todas las ciudades grandes las típicas recepciones españolas, con entrada bajo palio, Tedéum, beso de reliquias y oraciones en las catedrales. En Burgos vió el Archiduque, junto con su séquito, por primera vez, una corrida de toros.

En Medina del Campo, donde cada año se celebraba una feria de las más célebres, Felipe "el Hermoso" se vistió a la española, se puso peluca y determinó estudiar a fondo la psicología del pueblo. Es posible que esto diera lugar a violentos celos por parte de Doña Juana. En Segovia, donde pasaron un día y una noche, enseñaron a los flamencos, como cosa digna de verse, el célebre puente del Diablo, que fué construído por Satanás en un solo día, sin cal ni arena. Ellos no sospechaban que miraban maravillados el actual acueducto romano universalmente conocido.



Estaban a la sazón en Granada los Reyes Católicos, ocupados en sofocar la rebelión de los moros, por lo que no salieron a recibirlos; pero tan pronto como supieron la llegada de sus hijos, se encaminaron a Toledo.

Cuando entraban en Olias, cogió Felipe el sarampión, lo que le obligó a guardar cama. Fernando salió apresuradamente a recibirle desde Toledo y le saludó, cuando aún no se hallaba repuesto. Era la primera vez que se veían. Después de un largo y penoso viaje, el 7 de mayo entraron en Toledo, siendo recibidos en las afueras de la ciudad por el Rey. Al encontrarse, el Príncipe se quiso apear y Fernando el Católico no lo consintió, y la Princesa, su hija, le pidió la mano, y no se la quiso dar, mostrándose muy expansivo y cariñoso con ellos.

La entrada en la ciudad fué emocionante, y el pueblo desbordó su entusiasmo durante todo el trayecto recorrido hasta el palacio del Marqués de Villena, en que se hospedaban los Reyes. Salió Isabel a recibir a su hija hasta la puerta de la sala, acompañada de sus damas y dueñas de honor. Los Príncipes se hincaron de rodillas y le pidieron la mano para besársela, rehusando la Reina y abrazándolos emocionada y conduciendo de la mano a su hija hasta la cámara.

Fueron jurados, por fin, los Archiduques Príncipes de Castilla y de León en la iglesia mayor y en presencia de los Reyes y con asistencia de lo más grabado del clero y de la nobleza. Tras los juramentos, los nuevos Príncipes de Asturias confirmaron una concordia por la cual se comprometía el Príncipe, en su calidad de extranjero, a gobernar el reino conforme a sus leyes y costumbres. La principal preocupación de los Reyes Católicos en todos los momentos es la de asegurar y con-

servar las esencias de tradición que viven en el espíritu de su pueblo. Grandes regocijos celebráronse en Toledo, y en todos ellos las gentes toledanas aclamaron a los Príncipes.

En palacio, por lo demás, la reunión familiar fué bastante embarazosa.

Felipe no sabía una palabra del español; Fernando e Isabel no conocían el francés; Juana tuvo que ejercer de intérprete.

Por otra parte, Felipe y Juana estaban magníficamente vestidos de terciopelo y seda, con bordados de oro y guarniciones de pieles. Los Reyes Católicos llevaban pobres telas de lana.

Todo tuvo un triste final con la noticia de la muerte repentina del Príncipe de Gales, que estaba casado con Catalina, la hermana menor de Juana.

Un luto riguroso hizo suspender todos los festejos. La serie de desgracias familiares que amargaba la vida de Isabel tenía un eslabón más, al que pronto se añadiría otro: la locura de Juana. Una triste desgracia se cernía sobre su descendencia.

Así, el dolor, las preocupaciones y los sobresaltos continuos habían comenzado a minar la salud de la Reina, cada día más hondamente afligida.

Mientras esto sucedía, mientras la corte pasaba los días en serias ceremonias e interminables oficios divinos de difuntos, Felipe "el Hermoso" se fué a Aranjuez, donde disfrutó de sus distracciones predilectas, de la caza y el juego de pelota.

Al final de octubre, los Príncipes fueron jurados en Aragón.

El justicia mayor, Juan de Lanuza, les tomó el tradicional juramento de guardar los fueros, costumbres y privilegios del reino.

VIII.-Felipe el Hermoso vuelve a Flandes

NO se hallaba a gusto en la severa corte castellana el inconstante Felipe y, de acuerdo con sus íntimos consejeros y servidores más allegados, resolvió irse de nuevo a su país, sin parar mientes en que era entonces más viva que nunca la tirantez de relaciones entre su suegro y el Rey de Francia. El Archiduque consideraba el viaje a España como un molesto "intermezzo"; suspiraba por abandonar el reino, cuyos habitantes, costumbres, lenguaje y país le eran insufribles. Para conseguir sus fines, pretextó graves quehaceres y negocio de gobierno en Bruselas. Los Reyes le hicieron severas reflexiones sobre la necesidad de conocer perfectamente el país y el pueblo donde un día habría de reinar; pero no hubo razones suficientes para hacerle desistir. Felipe "el Hermoso" se proponía a un mismo tiempo dos objetivos diferentes: alejarse de España y de la severidad de su corte y sus costumbres y separarse de su mujer, que le iba resultan-

do enojosa. Tan firme era la resolución de Felipe, que los Reyes, aunque de mal grado, se vieron precisados a acceder, si bien insistieron en que el viaje se hiciera por mar como medio de asegurar su persona contra posibles manejos del Rey de Francia. Insistió el Archiduque en que obraría como mediador de la paz entre ambos vecinos países; ninguna razón, ni el hecho de dejar a su mujer en apurado trance de embarazo, bastaron a disuadirle de su empeño. Partió de Madrid, haciendo el viaje por Aragón y el

Rosellón, para cruzar la frontera por Languedoc. Mientras sus padres y su esposo discutían el viaje a Flandes, la Princesa Juana no hacía más que gemir y llorar. Felipe no se afectaba en absoluto: ninguna impresión le producía el llanto de su mujer, ni le mudaba en su propósito de partir. Y así, sin remordimiento ninguno ni escrúpulo alguno, ni sentimiento de ninguna especie, mandó aparejar su partida. Su mujer se despidió de él hecha un mar de llanto.

* * *

Llegó el Príncipe a Lyon y comenzaron las negociaciones con el legado del Rey de Francia, no estando de acuerdo ninguno de los puntos propuestos con las indicaciones de Fernando el Católico, para el que eran altamente desventajosas las propuestas por el francés. El abad de San Miguel de Cuxa, que acompañaba a Felipe como representante del Rey Fernando, insistió tercamente en que su señor debía conocer aquellas proposiciones, a lo que accedió Felipe. Luis XII se negó rotundamente y opuso igual negativa a que pudiesen despachar correos. Mientras tanto, el Archiduque se divertía en la corte francesa.

Maximiliano de Austria se indignaba de la poca seriedad de su hijo, y Fernando, a quien las botaratadas de su yerno no le cogían desprevenido, se pertrechaba seriamente para la guerra.

Los franceses, entre tanto, se habían dado tan buena maña, que la paz estaba concertada: donde Felipe estaba en poder del Rey de Francia y corrompidos con

dinero todos los consejeros del Archiduque. Así, pues, no se tuvieron en cuenta las indicaciones del Rey Católico, y el abad fué forzado a entregar el poder que llevaba, terminando las negociaciones y siendo publicadas (tan desventajosas eran para Don Fernando) en Francia, Roma y Nápoles, antes de ser enviadas a los Reyes de España. Felipe remató su hazaña con el envío de lo pactado a su suegro por medio de un secretario. Fernando se sintió doblemente ofendido por tan grosero modo de obrar, respondiendo que aquella concordia requería algunas enmiendas.

Fué a Lyon el Rey de Francia para entrevistarse con el Archiduque. Para celebrar la concordia se hicieron grandes regocijos. Terminadas las fiestas, el Príncipe salió de Lyon hacia el ducado de Saboya, donde reposó unos días para librarse de unas tercianas que le aplanaban. Desde Burgio in Brescia escribió a Fernando una carta de tono familiar, en la que mezclaba devaneos políticos, recomendando nuevamente a su suegro que aceptase la paz indigna que él había firmado, diciéndole también que su padre iría a su condado de Borgoña para entrevistarse con el Rey de Francia. Fernando, no sólo no obedeció ni dió crédito a la carta del Príncipe, sino que contestó que él sabía bien lo que debía hacer y que él mismo iría a dar respuesta al Duque de Nemurs, y siguió la guerra con mayores bríos, causando derrota tras derrota a los franceses, muriendo el Duque, su general, en la batalla de Ceriñola, ganada por el talento militar del Gran Capitán.

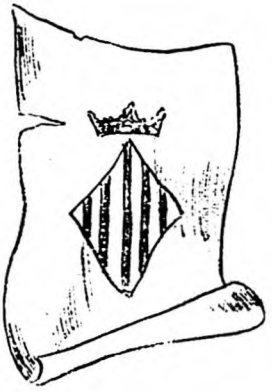
Obrando de común acuerdo, Maximiliano y Fernan-

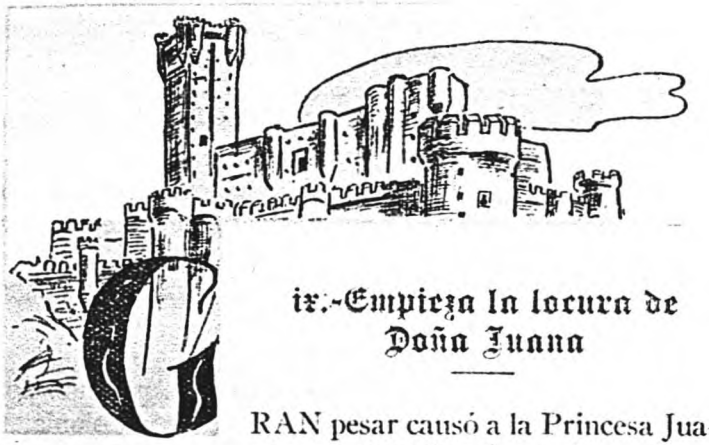
do se propusieron dar fin a las botaratadas de Felipe, hijo y yerno, acordando llevarle a Alemania para alejarle de la funesta influencia francesa.

En las montañas del Tirol fué obsequiado el Archiduque con la caza de la gamuza; en el palacio de Insbruck le recrearon con músicas y bailes; visitaron las salinas de Hall y las ruinas de plata de Schwaz. En aquella apacible y cómoda corte pasaba el tiempo volando. Ya no temía por llegar a Flandes; no se acordaba de los asuntos urgentes de Estado...

—¡Oh tú, Austria mía!...

En octubre de 1503 se despidió, al fin, pasando por Kempten, Stuttgart, Heidelberg, Worms y Colonia, y entró en Bruselas a mediados de noviembre.





IX.-Empieza la locura de Doña Juana

GRAN pesar causó a la Princesa Juana, enamorada sobre toda ponderación, la partida del Príncipe. Decía:

—Sin su presencia no tengo tranquilidad ni alegría.

Pretendió la Reina Isabel convencerla, durante su embarazo, de la imposibilidad de ponerse en camino, y lo consiguió muy a duras penas, haciendo que pasase el tiempo, si no convencida, resignada. El 10 de marzo de 1502, en Alcalá de Henares, le nació el Infante Fernando.

* * *

No bien repuesta la Princesa, comenzó a mostrar impaciencia por reunirse con su marido, y eran mal escuchadas por ella cuantas razones se le daban en contrario. Su amor no se resignaba y quería a todo trance que la partida se dispusiese con la celeridad que su deseo pedía. La Reina la acallaba con diversos pretextos y

con las más exquisitas delicadezas que su ternura le dictaba. Desde Alcalá la llevó a Segovia.

—Es más fácil el camino a Laredo, donde debes embarcar.

La guerra con Francia se había recrudecido e impedía el viaje por tierra. Fueron precisas nuevas dilaciones y disculpas. La Reina le aseguraba que deseaba que fuese embarcada, pero que para ello había que esperar tiempo oportuno:

—En lo más crudo del invierno no puedes determinarte a hacer la travesía.

Recelando que la Princesa acometiese la empresa por su cuenta, la Reina la llevó a Medina del Campo, para tenerla más asegurada. Ella quedó en Segovia, enferma de algún cuidado.

El Rey estaba ausente y ocupado en la guerra, que cada día significaba un avance victorioso.

* * *

Doña Juana no duerme o duerme mal, come poco y a veces nada. Está muy triste y bien flaca. No quiere hablar en muchas ocasiones.

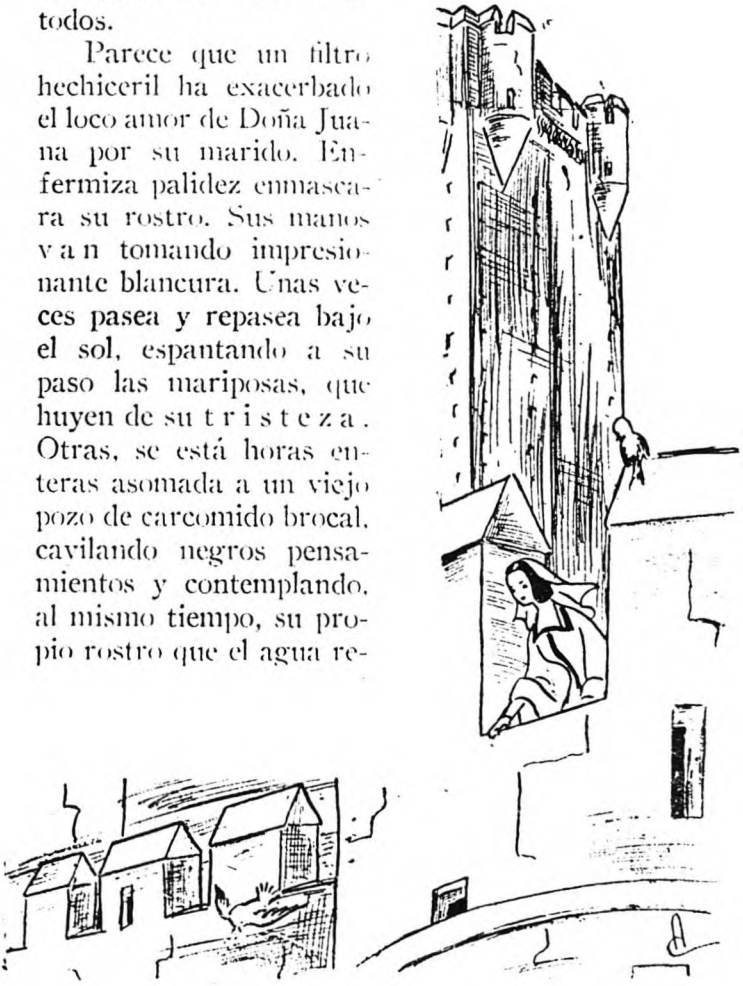
La cura de su enfermedad suele hacerse por amor y por ruego o por temor. El ruego y persuasión no lo recibe. Por el contrario, ninguna cosa quiere tomar. Si por fuerza se la obliga, de tal modo se altera y se le causa tanto sentimiento, que es lástima grande el intentarlo. Y nadie lo quiere hacer ni osar. Unicamente la Reina es quien logra algo con su cuido de madre. Pero la salud se le agrava a la Reina Isabel, se le desmorona, con los sufrimientos y dolores morales, que tantas desgracias y pérdidas de seres queridos le han ido produciendo, además de la conducta reprensible de su yerno y del estado alarmante de la salud y sobreexcitación de su hija Doña Juana y por tantas otras angustias que acongojan su bondadoso y noble corazón.

Y pese a todos estos dolores íntimos de la mujer, la Reina se sobrepone y sigue en su puesto sin desmayar, trabajando con el más duro tesón, un día y otro, con creciente asiduidad, en los urgentes y trascendentales negocios del reino.

Las súplicas de la Reina para que la Princesa aguarde la vuelta de su padre son del todo inútiles. Ayudada por los flamencos que tiene a su servicio, comienza a preparar su partida y manda llevar de Fuenterrabía a Bayona unos carros que tiene de su recámara. Y como la Reina vive adivinando estos manejos y a todo trance quiere remediar lo que juzga una imprudencia, manda aviso e instrucciones a Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, que está con la Princesa en Medina del Campo, para que impida el intento que recela "lo más dulce y graciosamente que pueda". Pero aquí también fraca-

san los buenos intentos de todos.

Parece que un filtro hechiceril ha exacerbado el loco amor de Doña Juana por su marido. Enfermiza palidez enmascara su rostro. Sus manos van tomando impresionante blancura. Unas veces pasea y repasea bajo el sol, espantando a su paso las mariposas, que huyen de su tristeza. Otras, se está horas enteras asomada a un viejo pozo de carcomido brocal, cavilando negros pensamientos y contemplando, al mismo tiempo, su propio rostro que el agua re-



fleja en su espejo circular y profundo. Mas, súbitamente, el deseo de huir a Flandes la despierta, la arrebata y la impulsa. Juana determina ponerse en camino, y no son suficientes para disuadirla las amonestaciones y razones del obispo. Como recurso supremo le entregan una carta escrita por su madre, que dice:

"... El Rey viene a Segovia; luego partiré yo para Medina."

Nada convence a la Princesa, nada repara, nada la detiene. Todo lo atropella. Ya entrada la noche, da orden de marchar inmediatamente.

—¿Dónde está la carroza que me lleve? He de reunirme con mi marido, que me llama, ¿comprendéis?, que me llama... ¡Obedeced! No está en sazón mi juventud para la soledad. Ya he preparado para verle mi cabello y mi piel, mi sonreír más obediente, mi caricia más larga. Cuando le encuentre, pienso que naceré en sus brazos. Mirad, mirad: aún se escucha en mi boca el rumor de sus besos, como queda en la concha la presencia del mar. ¡Obedeced! ¡Obedeced!

—Princesa... Yo... os suplico... que os retiréis ahora —rogaba el así mandado caballero de su séquito.

—¿Retirarme decís? Marchad a poner el mejor tiro de caballos a mi servicio. Marchad al instante, que no comprendo cómo tolero vuestra demasía.

En vano le ruegan que, por lo menos, espere al regreso de la Reina para despedirse de ella. No admite observación alguna. Como no la obedecen, se marcha sola, a pie, con el propósito de escapar por donde le sea posible. Llega hasta las murallas mismas de la Mota. De

suerte que no hay otro remedio sino cerrar las puertas y levantar el puente levadizo. Entonces, la Princesa, con gran alteración, se pone en la barrera, donde permanece toda aquella noche, sufriendo el intenso frío que hace, sin que le aprovechen los ruegos y amonestaciones de su confesor. No permite siquiera que se la abrigue para mitigar el rigor de la temperatura, sin respeto para su salud ni aun para su condición de Princesa. El nuevo día la encuentra arrimada a la verja. Purpúreo reflejo baña en lo alto las murallas, prestando un color de coral al tronco de uno que otro árbol de los alrededores.

Está la Reina muy enferma en Segovia, y por esta causa difiere su partida. Envía a Don Enrique Enríquez para aplacar a la Princesa y para persuadirla de que suba al castillo y que se salga de una cocina, que se halla junto a la barrera, en que se ha metido y en la que come y duerme. Y con el mismo objeto envía la Soberana al Arzobispo de Toledo; pero, a pesar de tantos ruegos, no se puede conseguir que Doña Juana suba a su aposento. Y así anda de día por la barrera, recogiéndose a comer y a dormir en aquella estancia.

Teniendo de esto aviso, parte la Reina, aún muy doliente, a gran prisa para Medina. Y en tal postura encuentra a su hija —destocada la cabeza y el cabello en desorden—, que, poseída de mortal espanto, ha de recordar con amargo dolor a su propia madre, que tuvo ataques de demencia en Avila. Con sus exhortaciones logra, por fin, sosegar la tormenta, consolar y reanimar a Juana, que se halla intensamente abatida. Pero antes

tiene que oír de labios de su propia hija tan indecorosas palabras, decía la Reina, "... que jamás las habría tolerado si no hubiese conocido su estado mental".

Juana accede a esperar la época más favorable para el viaje: la primavera próxima.

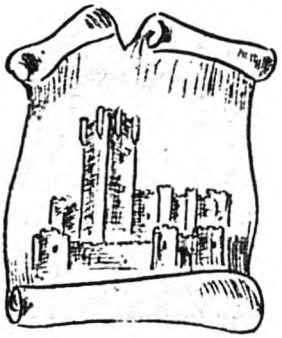
Pero el olfato del pueblo ha captado la tragedia, se ha dado cuenta de las manifestaciones morbosas que se han venido produciendo en Juana y que, a partir desde ahora, tomarían carácter definitivo y trágico. Desde este instante la Princesa va a tener un sobrenombre:

¡Doña Juana "la Loca"!

La Reina Isabel siente arder en su carne la tragedia de su hija.

—¿Soy yo vínculo involuntario de esta locura?...

El puñal definitivo acaba de clavarse en su espíritu y en su carne.



1.-Doña Juana se reúne con su esposo

LOS deseos de Juana van a tener realidad. Ha pasado el invierno y está firmada la tregua entre españoles y franceses, por lo que los peligros del viaje por mar se aminoran. Está esperando en Laredo la escuadra que debe conducirla a los Países Bajos, en busca de su tan suspirado marido. Ya no ha de volver a ver a su madre en este mundo.

A fines de mayo, la escuadra infla sus velas y toma el rumbo de Flandes.

La Princesa, mientras dura el viaje, va diciendo extrañas cosas, en tanto que sus ojos miran la lejanía del mar.

—Me puse la corona para agradaros, no para daros respeto, señor.

—Casar con hombre placentero es como descansar en corriente de río. Engalanada estoy. Cerca está Flandes.

—¿Qué cintillo de perlas como éste?

—Veré despuntar el alba sobre sus hombros.

—Por mi ausencia, ¿estará en pecado mi marido?

—¿No sentís que me llama...? Como el mar, así es su voz.

—¡Besado de otra boca estará, besado de otra boca! ¡Aprisa, capitanes!

—¡Aprisa, aprisa! ¡Le besará otra boca! ¡He de llegar!...

La escuadra recaló, por fin, sin novedad en un puerto, a tres leguas de Brujas. Allí desembarca la Princesa y se encamina a Bruselas. Abraza, después de tanto dolor, y ansia, y locura, al amado esposo de sus sueños... Mas a los primeros días de haberse reunido con él, siente y percibe Doña Juana la mudanza del Príncipe para con ella.

—¡Bien diferente erais antes, Felipe!

Y como mujer que ama en extremo a su marido, procura saber qué es causa de aquello. Alguien le susurra al oído que el Príncipe tiene una amiga, mujer noble y muy hermosa. Doña Juana se embravece, de tal manera, que como una leona va en busca de la amiga, arañándola furiosamente. Al día siguiente los palaciegos borgoñones decían en palacio:

—Le ha mandado cortar los cabellos a raíz del cuero...

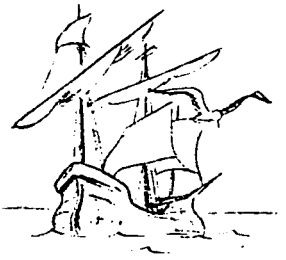
En cuanto Felipe supo la hazaña de su esposa se indignó, reprochándola e injuriándola de palabra. Doña Juana, como era mujer delicada y criada con mucho mimo, sintió tanto el mal tratamiento de su marido para con ella, que luego cayó mala en cama, perdiendo casi

el juicio... Los cortesanos flamencos susurraban, entre guiños y sonrisas, por las estancias de la mansión archiducal, por las calles de Bruselas...:

—... y el Archiduque ha zurrado a "la loca"...

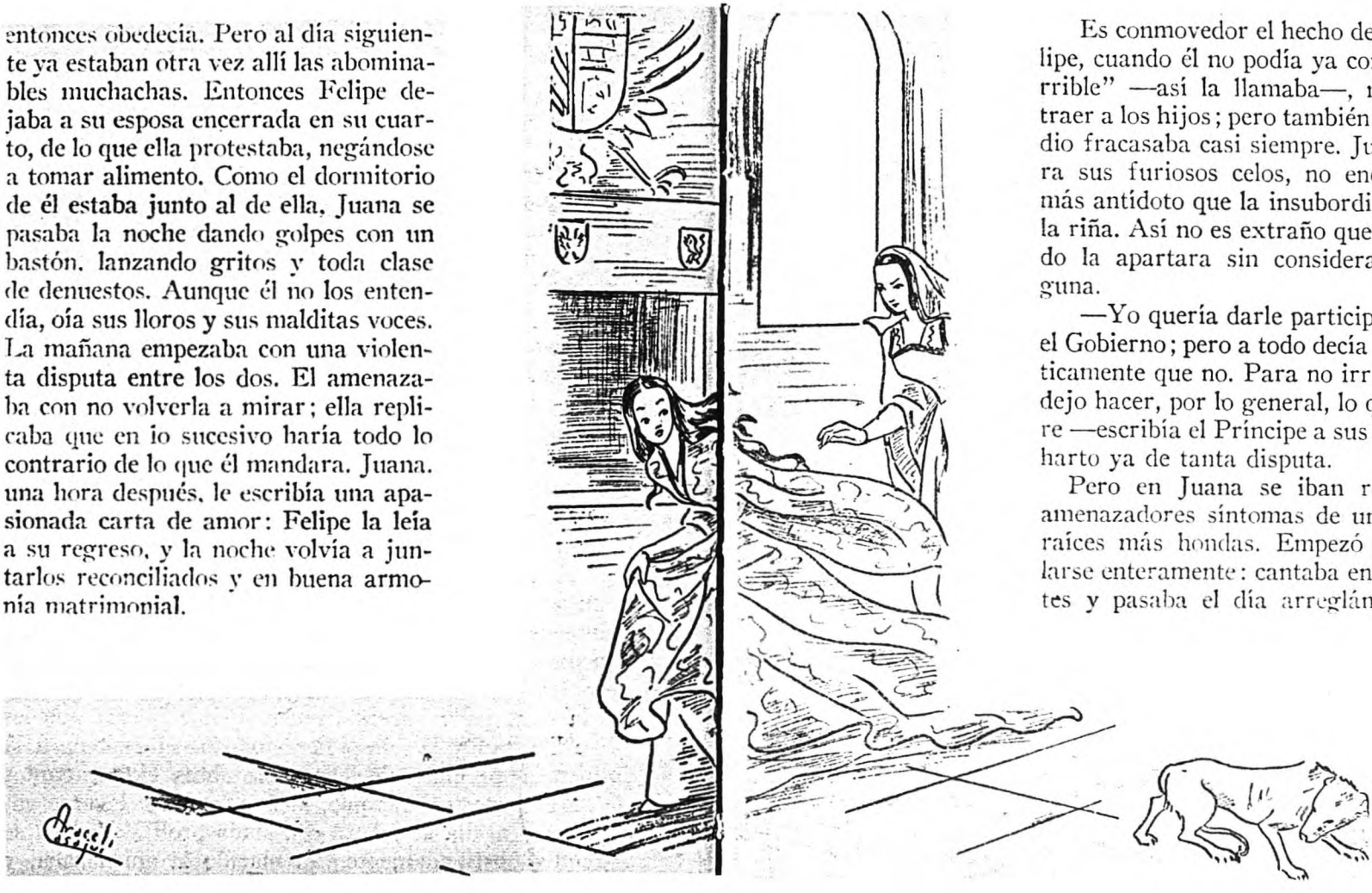
El suceso corrió de labio en labio por todas las cortes europeas y llegó a España aumentado en proporciones y se divulgó con la rapidez del rayo por Burgos y ciudades, en donde se decía:

—... agarró del pelo a su rival y, entre improperios e injurias, le cortó las trenzas y después le desfiguró la cara haciéndole unos cortes con las tijeras... Luego, Doña Juana hubo de sentir, a su vez, los efectos de una mano varonil...



En Bruselas, las peleas de los Príncipes Archiduques eran cada día motivo de mofa y comidilla. Las riñas del turbulento matrimonio se comentaban en detalle. La celosa Juana no quería tener a su alrededor damas flamencas. Serviase exclusivamente de las dueñas que había traído de España, muchachas moriscas probablemente, a las que, según la despótica costumbre oriental, se complacía en marcarles la cara para hacerse temer. Felipe quería que les diese libertad y las despidiera, porque él atribuía a la influencia de ellas algunas costumbres extravagantes de su esposa; por ejemplo, la que tenía de lavarse varias veces al día la cabeza con suma prolijidad. Ella se defendía obstinadamente. Su marido la amenazaba, y

entonces obedecía. Pero al día siguiente ya estaban otra vez allí las abominables muchachas. Entonces Felipe dejaba a su esposa encerrada en su cuarto, de lo que ella protestaba, negándose a tomar alimento. Como el dormitorio de él estaba junto al de ella, Juana se pasaba la noche dando golpes con un bastón, lanzando gritos y toda clase de denuestos. Aunque él no los entendía, oía sus lloros y sus malditas voces. La mañana empezaba con una violenta disputa entre los dos. El amenazaba con no volverla a mirar; ella replicaba que en lo sucesivo haría todo lo contrario de lo que él mandara. Juana, una hora después, le escribía una apasionada carta de amor: Felipe la leía a su regreso, y la noche volvía a juntarlos reconciliados y en buena armonía matrimonial.



Es conmovedor el hecho de que Felipe, cuando él no podía ya con "la terrible" —así la llamaba—, mandaba traer a los hijos; pero también este medio fracasaba casi siempre. Juana, para sus furiosos celos, no encontraba más antídoto que la insubordinación y la riña. Así no es extraño que el marido la apartara sin consideración alguna.

—Yo quería darle participación en el Gobierno; pero a todo decía sistemáticamente que no. Para no irritarla, la dejo hacer, por lo general, lo que quiere —escribía el Príncipe a sus suegros, harto ya de tanta disputa.

Pero en Juana se iban revelando amenazadores síntomas de un mal de raíces más hondas. Empezó por aislarse enteramente: cantaba entre dientes y pasaba el día arreglándose los

dos, poniendo aquí un hilo de perlas, cambiando allí
dorno de encaje. La prueba era dolorosa, en verdad,
ecisamente este dolor le ofrecía, ella no sabía cómo,
ozo dulce y amargo a la vez. Pero el éxito final era
, terrible: poco a poco iba perdiendo al hombre
maba. E iba caminando con creciente celeridad ha-
melancólica apatía, a la abulia. Ya ha dado el paso
ivo de la sociedad a la soledad, de la salud a la en-
edad. Juana ha caído para el resto de sus días en un
idiotismo. Se pasa los días enteros sentada a la
de un cuarto oscuro o sobre una almohada en el
, en completa inmovilidad, mirando fijamente al va-
Jn solo deber conoce todavía y lo cumple: amar a su
lo por encima de Dios, de los hombres y de todas las

En España creía la gente:

-Doña Juana está embrujada. Todo ello es una ven-
criminal de aquella a quien cortó las trenzas...

l orgullo nacional y el patriotismo de los españoles
leraban imposible que una madre tan excelsa y so-
a del país tuviera una hija tan desgraciada.

ran pesar causó a los Reyes la noticia de las des-
ncias entre la hija y el yerno, y la tragedia que
aban... Principalmente lo sentía mucho la Reina
iraba contra el Príncipe Don Felipe, pesándole ha-
ncertado tal casamiento. Al cabo de unos días cayó
en cama, enfermo de unas tercianas, y luego la
, con la gran tristeza que tenía y la congoja de ver
malo, tuvo unas calenturas continuas que, a veces,
ndole tanto, la sacaban de juicio y la hacían decir
nos. Aquel mal humor se le iba derramando por las

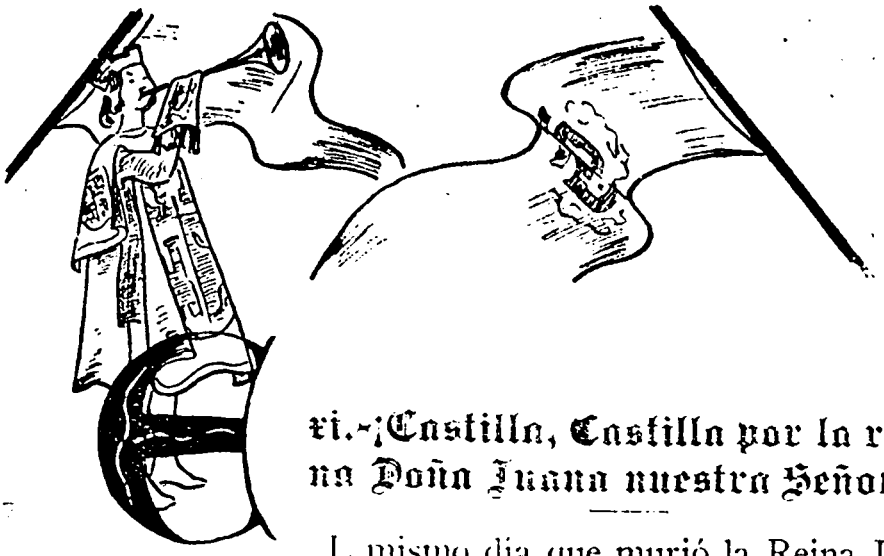
venas poco a poco... La Reina iba cayendo en una hidropesía, de manera que todo su deseo de noche y de día no era sino beber, beber. Así se fué hinchando poco a poco, a medida que sus fuerzas se debilitaban. Así se fué acercando a la muerte... Y en Medina del Campo, a 26 de noviembre de 1504, la Excelentísima Reina Doña Isabel, honra de las Españas y espejo de las mujeres, acabó sus días, cerca de la medianoche.

La muerte de la Reina era para Castilla y para la idea de exaltación de los propios valores un golpe decisivo, y España tardaría en encontrar nuevamente un pulso exacto que la rigiese por sus propios destinos...

En su testamento, Isabel la Católica designó por sucesora y heredera a la Princesa Doña Juana, su hija, acompañando la designación con previsoras y sabias advertencias: recordando la condición de extranjero de su yerno, ordena y manda que gobiernen los Reinos con sujeción a las leyes, fueros y costumbres de Castilla, y les encarga especialmente que no confíen las alcaldías, los castillos, las fortalezas, las ciudades, las villas, ni nombren arzobispos, ni abades, ni priores, etcétera, a personas que no sean naturales de los Reinos y vecinos y moradores de ellos. Y nombra por único regente al Rey Fernando, su esposo, en atención a sus excelentes cualidades, a su mucha experiencia y al amor

que siempre se han tenido, hasta que el Príncipe Don Carlos, primogénito y heredero de los Archiduques, tenga veinte años cumplidos y venga a estos Reinos, para regirlos y gobernarlos.

La muerte de la Reina causó dolor efectivo en sus súbditos, quienes la querían y la veneraban. Sus restos fueron trasladados a Granada, desde Medina del Campo, desfilando el fúnebre cortejo durante semanas enteras por los campos y caminos de España, mientras iba creciendo a medida que avanzaba. Entre lágrimas y rezos, el pueblo contemplaba el féretro real en que dormía, ya para siempre, Doña Isabel de Castilla. En la tierra de Granada, la tierra de sus afanes y de su mayor gloria, halló eterno descanso.



VI.—¡Castilla, Castilla por la reina Doña Juana nuestra Señora!

El mismo dia que murió la Reina Isabel salió el Rey a la plaza mayor de Medina del Campo, con muchas lágrimas en los ojos, acompañado de gran número de Grandes y señores del Reino, y subió al tablado que al efecto se había mandado preparar y, con el ritual de costumbre en tales casos, hizo levantar pendones por la Reina Juana, su hija, que estaba en Flandes. El Duque de Alba elevó el pendón real, mientras los heraldos gritaban:

—¡Castilla, Castilla por la Reina Doña Juana nuestra Señora!

Y fué leída la cláusula del testamento de Isabel en que le nombraba, en ausencia o incapacidad de su hija, Gobernador de Castilla.

Pero Doña Juana, allá en Bruselas, aquejada de su mental y espiritual dolencia, nada quería saber del gobierno de sus Reinos. No así Felipe, que ambicionaba

arrebatar la Regencia a Don Fernando y gobernar Castilla por sí solo. Ya se creía el único Rey de España y trataba de obligar a su esposa para que fuese dócil instrumento en sus manos.

Ella se opuso con la mayor energía y se obstinó en decir que jamás haría nada contra su padre. Esto dió motivo a que la pusieran en más estrecho aislamiento y la vigilasen en todo instante. Sus nervios, tan alterados comúnmente, se destrozan aún más, al extremo que los embajadores de su padre, que habían venido a

comunicar el matrimonio —por razones de Estado— con la francesa Germana de Foix, quedaron escandalizados del inicuo trato que se daba a la Reina, a la que no habían podido ver hasta que prometieron que no le hablarían palabra.

A los pocos días de esta visita, en septiembre de 1505, nació la tercera hija del matrimonio: la Infanta María. Felipe creyó entonces llegado el momento de venir a Castilla y reclamar el trono, comenzando por publicar un manifiesto en que pedía a los castellanos que no diesen obediencia a Fernando.

* * *

La Armada de los Reyes Archiduques se hizo a la vela en Flisinga. Las cuarenta embarcaciones llevaban un brillante séquito de damas y caballeros y numeroso acompañamiento de criados y equipajes. Tuvieron buen tiempo al principio, que se tornó, pasadas las costas de Bretaña, en la más completa calma, calma que hizo estar las naves en absoluta quietud. Tras la calma se embraveció la tormenta: los navíos se separaron y era imposible gobernarlos, anegándose muchos de ellos. La nave capitana en que los Reyes Archiduques venían sufrió un pequeño incendio en la popa, y, como los vientos eran tan impetuosos, avivábanlo, levantando grandes llamaradas; además, el buque estaba medio sumergido por el fuerte oleaje. Cuando el peligro era más grande, la tormenta arrancó la vela mayor. El barco iba a zozobrar. Lo irreparable era inminente. Mas, en aquel momento, un intrépido marinero, dando una vuel-

ta de campana, saltó a la hirviente marejada y cogió la vela; el barco se enderezó. También el fuego fué apagado. Ya no había peligro, pues la tempestad decrecía. Cuando el naufragio amenazaba, el miedo arrancó a todos heroicos votos de todas clases. Hasta el propio Rey temblaba; le habían vestido un cuero, hinchándole de aire y poniéndole en las espaldas un letrero que decía: El Rey Don Felipe. Y así se estaba delante de una imagen esperando que llegase la hora de morir. La Reina, por el contrario, permanecía sin temor alguno, pues tenía la creencia de que no moriría, e iba diciendo a todos:

—¡Nunca Rey murió ahogado!

Tomaron tierra en el puerto de Weymanrich. Algunos nobles ingleses acompañaron a los Reyes Archiduques hasta Windsor, donse se celebraron grandes fiestas. Pero Juana no quiso permanecer allí más que una noche, disgustando por esto al Monarca inglés, regresando nuevamente a su nave capitana. Su hermana, la Princesa Catalina, hizo cuanto pudo por distraerla y agradarla. Mas Doña Juana rehuía los placeres, holgándose en la soledad y los lugares oscuros. En Exeter pasó los días como en letárgico adormecimiento y sin dejarse ver de nadie. La

razón de tan raro proceder es ésta: para la corte era ella una figura impasible y hacía triste efecto, pues dondequiera que se iba se presentaba siempre sin acompañamiento femenino. La persistencia de sus morbosos celos la condujo, ya en Bruselas, a despedir a todas las damas y camareras, y solamente llevaba consigo una vieja fea y repugnante para los trabajos más groseros. Pero tales extravagancias no hacían perder el humor en Windsor... Felipe fué a Londres con el Monarca inglés para divertirse... Luego volvió a Falmouth, donde esperaba, vigilada, aburrida y colmada de vejaciones, la triste Juana, víctima a un tiempo de su locura, de su marido y hasta de su padre... Embarcaron, por fin, y después de cuatro días llegaron a La Coruña.

Grande fué la alegría de los coruñeses, que saludaron al real matrimonio con más de tres mil cañonazos de pólvora, les entregaron solemnemente las llaves de la ciudad. Felipe juró solo los privilegios del antiguo reino de Galicia; Juana se negó rotundamente, sin dar razón alguna. En este momento empieza a mostrarse a los ojos de todos su fatídica aversión a tomar parte en los negocios políticos y en los actos oficiales. Quería ser Reina, pero no gobernar. No quería firmar documentos, ni jurar, ni ser responsable de nada.

La levantisca nobleza apoyó inmediatamente al joven Felipe, dando éste a entender a su suegro que él sólo pensaba ser el amo de España. Ambos adversarios políticos coincidían solamente en una cosa: en apartar a la Reina del gobierno activo, cualquiera que fuese su estado mental. La intriga ganaba terreno a la justicia.

y la infeliz Juana estaba destinada a ser víctima inocente de la ambición ajena durante toda su vida.

Fernando, ante el ensoberbecimiento de su yerno, sufría las humillaciones, fingía no entender, callaba y obraba en su provecho, tratando de atraerse a los nobles. Pronto sus esperanzas llegarían a ser una realidad en lo que toca al descontento que crecía en la corte de los jóvenes Reyes. Los nobles castellanos, celosos de su dignidad, pendencieros y pleiteistas, susceptibles y ambiciosos, que se congregaban en torno a Felipe, veían que los flamencos y alemanes les interceptaban los favores y privilegios de que estaban deseosos. Mientras tanto, el yerno y el suegro iban de un lado para otro, jugando al ratón y al gato y maquinando la mejor forma de engañarse. El tiempo corría y la situación no se resolvía; pero la Reina seguía privada de libertad, no pudiendo hablar sino a aquellos que Felipe quería, aprovechándose de la adoración con que su mujer le distinguía y que la llevó a los más trágicos extremos.

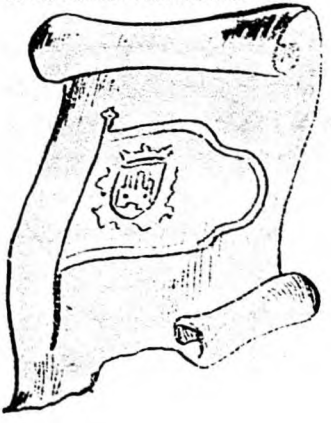
Fuéronse los Reyes a Mucientes. Pidió por el camino Felipe a los Grandes de España que, vista la incapacidad de su mujer, la recluyesen. Al llegar tal solicitud al Almirante de Castilla, fué tan violenta la cólera que le acometió, que se encaró con el Rey y le dijo:

—Servíos, Alteza, de mi persona y de mi casa; pero no me mande hacer nada contra mi honra, y si mandáis que firme esto, dejadme ver la causa por la que los otros han firmado, dándome lugar para que pueda hablar a la Reina y conocerlo por mí mismo. Accedió el Rey a la petición, y el Almirante fué a visitar en Mu-

cientes a Doña Juana. La Reina estaba sola en una sala oscura, sentada en una ventana y vestida totalmente de negro por un luto imaginario. La conversación duró diez horas, tratando el Almirante de explorar a la Reina, buscando las muestras de la incapacidad y de la locura de que hablaba el Rey Felipe; pero Juana no respondió cosa que fuese desacertada. El Almirante se opuso, por tanto, con todas sus fuerzas a la reclusión.

Se entrevistaron por fin el suegro y el yerno. En resultado de ella, el Rey Fernando abandonó Castilla, yendo a Zaragoza, capital de su Reino.

La entrada de los Reyes en Valladolid se hizo con gran solemnidad y aparato. Juana entró bajo palio, montada en una hacanea blanca. Fué jurada Reina de Castilla por los procuradores de Cortes; don Felipe, como su legítimo marido, y el Príncipe Carlos, por heredero de la corona. Ya es, pues, Juana Reina de Castilla por derecho y por la ley. Pero es Felipe y sus validos flamencos quienes gobiernan arbitrariamente



misma operación y expresión de su dolor, hasta que en un domingo dispuso que sacaran el cuerpo de su marido de la iglesia y le llevaran a su lado hasta la ciudad de Granada, para sepultarle cerca del cuerpo de la Reina Católica, según él había mandado.

Púsose en marcha la Reina con el féretro de su amado esposo, acompañada de cuatro obispos y muchos frailes. Cuando diariamente hacía el alto el fúnebre cortejo, no dejaba Doña Juana de repetir su dolorosa tarea de abrir el ataúd, desnudar los pies del cadáver y permanecer mucho tiempo arrodillada besándoselos, con la misma ternura y efusión que si estuviese vivo. El paisaje invernal de Castilla, cuajado de nieve y azotado por el viento, vió desfilar la trágica comitiva, en la que iban las cenizas de un Rey, el amor vivo de una Reina. Así hubiera seguido su viaje hasta Granada, si al llegar a Torquemada no diese a luz una Infanta, a quien llamó Catalina. Al poco tiempo dirigióse al pueblo de Hornillos, sin separarse un momento del cadáver de su marido.

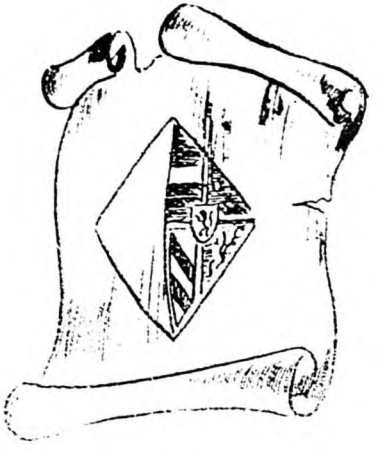
Así pasa la infeliz señora su tiempo, sin que nadie sea capaz de hacerla ocuparse de los negocios del Reino.

Por aquellos días está obsesionada por la idea de que el difunto ha sido embrujado por mujeres envidiosas, que su muerte es sólo aparente y temporal y que, al cabo de poco tiempo, ha de volver a la vida, y se esfuerza por no dejar escapar el momento de la resurrección. Vive sólo para su dolor y nada le es tan grato como la soledad.

Ha vuelto su padre a gobernar Castilla. Ella sigue en su locura pasional, para la que ya no hay remedio... Abandonó Hornillos, llevando delante el carro en que

acostumbraba transportar los restos de su marido, con los caballos cubiertos de negros y riquísimos paños. La acompañaban sus hijos Fernando y Catalina. Se detiene otra vez: en Arcos. Su vida allí se vuelve más rara. A ratos tiene accesos de repentina cólera, arrojando a sus camareras toda clase de cacharros. Pasa semanas enteras sin mudarse de vestido ni de ropa blanca. Come en el suelo, sin mantel. Un total oscurecimiento interior la tiene anonadada.

Como se niega a salir de Arcos, su padre le quita al Infante Fernando. Y es cosa de la mayor importancia tener a buen recaudo la persona de la Reina. Decide el Rey, por tanto, que, por grado o por fuerza, quede Doña Juana instalada en Tordesillas. Contra lo que se esperaba, no opone la menor resistencia, se aviene a ello y emprende el camino, acompañada de su hija menor, y siempre con el carro en que se coloca el féretro.



XIII.-Tordesillas

ESTABA el castillo sobre una pequeña eminencia, muy cerca del Duero, coronado de torres y baluartes, fosos y puentes levadizos. El frío se dejaba sentir en las enormes estancias insoportablemente. En los agujeros de las murallas anidaban las aves de la soledad: los buhos. También la Reina vivía en él una vida solitaria y melancólica, abandonada a la desidia. Había muerto el Rey su padre, al séptimo año de su reclusión, siendo ella la Soberana del más poderoso Estado del mundo; mas Doña Juana nunca llegó a enterarse de esto, pues era la Reina del más trágico destino...

Cuando Carlos llegó a España, desde Flandes, fué a Tordesillas con su hermana Leonor, para ver a su madre. Siguiendo la vacía etiqueta flamenca, le hicieron una profunda reverencia. Carlos quiso besarle la mano con fingida humildad; pero ella no lo consintió y los abrazó a los dos. El Príncipe hizo a su madre un afectado discurso: ella nada respondió en un rato, sino con

una inclinación de cabeza y una sonrisa indescifrable. Después cogió las manos de sus hijos y con emoción les dijo:

—¿Pero sois, en verdad, mis hijos? ¡Cuánto habéis crecido en poco tiempo!

Estas palabras terminaron la entrevista, después de doce años de separación. Al retirarse los Príncipes, el favorito Mr. de Chièvres le insinuó que para su mayor comodidad y reposo convenía que confiase a su hijo desde aquel momento el cargo de Gobernador del Reino, para ejercitarse en el arte de la política mientras ella viviese. La Reina respondió lacónicamente:

—Carlos debe llevar desde ahora en mi nombre el Gobierno.

El único afecto verdadero de la Reina desde que fué encerrada en Tordesillas era su hija menor, Catalina, y, al verla, sus hermanos se sintieron conmovidos de su triste vida. Al poco tiempo la libertaron de su reclusión, a la cual volvió en atención a la desesperada angustia y llanto de su madre, no abandonándola sino hasta su casamiento con el Rey de Portugal. Fué el golpe más duro de los últimos años de la Reina. Desde el umbral de su aposento vió alejarse la comitiva en que iba su hija, camino de la corte portuguesa, y no hubo medio de separarla de la ventana durante un día y una noche. Cuando se consiguió, tenía la mirada extraviada.

Pasaba, pasaba el tiempo, y la Reina estaba en aquel castillo desde el amanecer hasta la noche, dejando deslizar las horas muertas en un ocio perpetuo. ¿Para qué hacer nada? Un mal oculto y febril le había disecado el

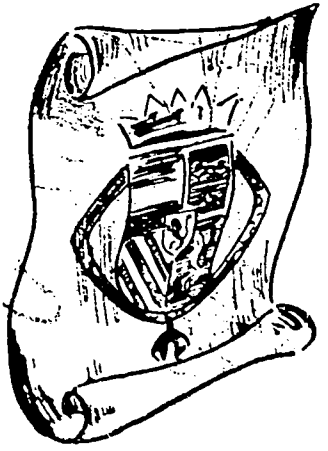
Aracati
Cearense

cerebro, la voluntad, la sensibilidad. Los ojos volvíans vidriosos, amortecidos; el humor sombrío. Su aposent tenía austeridades de celda; las ventanas se abrían rar vez; el suelo estaba lleno de películas de ajos, de resto de comida; un tufo acre y caliente se respiraba allí, y e aire mismo parecía inmovilizado y denso. Nadie habla ba. Nada quería la Reina. Nada sabía del mundo. Hast Felipe "el Hermoso" no era ya nadie para ella.

Las manos quedas, el mirar ausente, el oído yerto, l lobreguez, el frío, la muerte...

Afuera, el viento y el cierzo de la ancha Castilla qu gobierna el Emperador.

F I N



Indice

		Pág.
Capítulo	i.—El nacimiento. La Reina Isabel	1
—	ii.—La infancia. La juventud	1(
—	iii.—Camino de Flandes	2
—	iv.—Flandes. Felipe el Hermoso	3
—	v.—El Príncipe Don Juan. La Infanta Isabel.	4
—	vi.—La tristeza de Doña Juana	4
—	vii.—Los Archiduques en España	5
—	viii.—Felipe el Hermoso vuelve a Flandes	6
—	ix.—Empieza la locura de Doña Juana	7
—	x.—Doña Juana se reúne con su esposo	7
—	xi.—¡Castilla, Castilla por la Reina Doña Juana, nuestra Señora!	8
—	xii.—El ataúd de Felipe el Hermoso	9
—	xiii.—Tordesillas	9